



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

LAS NIÑAS ESPERAN CALLADAS
Violencia de Género en Jardines Infantiles

CATALINA MORGADO NAVARRO
FRANCISCO SOLÍS MONROY

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Reportaje Periodístico

PROFESORA GUÍA: CAROLINA MUÑOZ CASTILLO

Santiago de Chile
Junio 2017

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
SÓLO POR SER MUJER	4
REVISTAS, INJUSTICIA, VIOLENCIA: EL GÉNERO EN CHILE	6
El estigma femenino	9
APRENDER A SER NIÑA, APRENDER A SER NIÑO.....	11
De muñecas y pelotas	12
El poder del aula.....	14
Mallas Curriculares en déficit.....	16
LOS NUEVOS CUENTOS INFANTILES.....	20
Abandonando los estereotipos.....	22
Familias que educan para la perfección.....	24
La educación de las princesas.....	25
LOS ADULTOS SON LOS QUE DECIDEN	¡Error! Marcador no definido.
Los intereses no importan.....	29
No se trata de lealtad.....	31
ÁREAS VERDES, ÁREAS DE NIÑAS, ÁREAS DE NIÑOS	32
Peluqueras y médicos	33
Las niñas no, una señorita no	35
NUEVO AMANECER, DIVIDIENDO DESDE LA INFANCIA	38
Es Bruno o Nicole	39
El nacimiento de nuevos prejuicios.....	40
Los juegos que dividen.....	41
CONCLUSIONES.....	43
Responsabilidades compartidas	45
EPÍLOGO	48
REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA	54

INTRODUCCIÓN

El reportaje busca poner en evidencia las dinámicas en la formación de roles y en la identificación de género de niñas y niños dentro de los establecimientos educacionales y posteriormente en el paso hacia el “mundo adulto”.

A partir de una observación activa en jardines infantiles, entrevistas con educadoras, académicas y profesionales ligados a la educación se abordará un problema que hasta ahora no es tomado en cuenta cuando se habla de género: La enseñanza sistemática de modelos tóxicos de cómo ser hombre o mujer. La masculinidad dañina se enseña. La violencia se aprende.

¿Cuáles son las responsabilidades del Estado? ¿De las universidades? ¿De las familias? Decidimos acercarnos a organismos de gobierno, a instituciones de formación docente y a madres y padres para ver en qué medida estamos moldeando a nuestros hijos e hijas, estudiantes y ciudadanos para naturalizar la violencia.

Esto nos lleva a formular una hipótesis que para muchos países no es sorprendente: la violencia se aprende, sí, pero a través de una participación activa de los espacios de toma de decisiones y de las autoridades centrales en el reconocimiento y solución de este problema, la violencia se puede desaprender.

La investigación se presenta en formato de reportaje, un género que resulta ideal para reflejar las distintas dimensiones que tiene la educación parvularia y su análisis. Además del testimonio de profesionales y familias, hay cuatro crónicas de visitas a jardines infantiles de distintas naturalezas en la Región Metropolitana, y el testimonio de una joven madre reflejado a través de una entrevista en profundidad.

SÓLO POR SER MUJER

Corría el 14 de mayo del 2016 cuando una mujer, ciudadana chilena, madre de cuatro hijos y habitante de Coyhaique, sufrió un ataque bestial. Fracturas en el cráneo y daños en su dentadura, azotes en todo el cuerpo y la brutal pérdida de sus dos ojos fueron algunos de los detalles que conmocionaron, por semanas, al país.

Nabila Rifo, de 29 años, perdía la capacidad de ver, de caminar tranquila por la calle, de seguir siendo una mujer normal. De un momento a otro, y a manos de un hombre, Rifo se convertía en un número más de las cifras de violencia de género en el país.

¿Cómo es posible que, en plena era de la información, en un momento en el que la sociedad se preocupa de avanzar en la ciencia y el entendimiento entre los países, en un momento en el que el país intenta avanzar a base de reformas y reflexiones sobre lo que somos, una mujer sea atacada de esta forma cruda, indigna, animal?

Tanto la prensa como la ciudadanía esbozaron teorías: estaba en una relación inestable, probablemente ella fue infiel, habían consumido alcohol y drogas, ella andaba sola a altas horas de la noche, el hombre era de “naturaleza violenta”, etc. Otros, minimizaron lo horrendo del caso, aduciendo que es una situación excepcional, probablemente producto de personas desequilibradas y de circunstancias particularmente adversas.

Lo que estas teorías y reflexiones dejaban escapar era, en efecto, el razonamiento base, el que, tras pasar por argumentos judiciales y análisis de contexto, explica este episodio de violencia: Rifo, al final, fue atacada por nacer con un útero, por tener senos, por llamarse “Nabila”.

Por ser mujer.

¿Cómo se relaciona un hecho macabro de violencia con la educación preescolar? ¿Cómo, las muñecas, las pelotas, los disfraces de hadas, los juegos del recreo, el color de las cotonas, el color de las mochilas, la tierra en la cara de los niños y las caras limpias de las niñas influyen en acoso, violencia y femicidios cuando son adultos?

Así como políticos y animadores de televisión lanzan comentarios sexistas cotidianamente y como hombres en la calle acosan a menores de edad sin pensar en el profundo acto de violencia política que cometen, existen instancias de educación y concientización colectiva que logran llegar a puerto.

El movimiento “Ni Una Menos” en Latinoamérica o la indignación masiva que producen actos de violencia machista en televisión abierta son muestras de un progresivo, lento pero cada vez más evidente, despertar social. ¿Es Chile –o para esos efectos, el mundo- un espacio seguro para las mujeres? En absoluto, pero es difícil negar que el país del 2017 rechaza, al menos con un poco más de fuerza, los actos de abuso de género.

Según datos del 2013 (los más actuales disponibles), los jardines de la Junta Nacional de Jardines Infantiles (Junji) atienden a más de 80 mil niñas y niños a lo largo del país y corresponde a alrededor de 1.500 establecimientos, casi el doble respecto de los jardines particulares¹.

Con esto en cuenta, pequeños detalles observados a lo largo de este trabajo como qué juguete eligen los niños, cómo se le habla a las niñas, qué color de delantal se le asigna a cada sexo, cómo se reacciona frente a un berrinche o quiénes se apoderan de la cancha en el recreo terminan siendo relevantes. De la totalidad de las niñas y niños en el país, la mitad de ellos comienzan su formación en estos jardines públicos. El impacto de pequeñas acciones como estas es un impacto en una porción importante de la población adulta del futuro. Ahí la relevancia de mirar estos espacios con ojo crítico.

¹ Datos obtenidos de “Información estadística de Educación Parvularia en Chile” de Asociación de Administrativos Auxiliares, técnicos y profesionales de la Junta Nacional de Jardines Infantiles. Disponible en <http://aprojunji.cl/wp-content/uploads/2014/04/information-estadistica-educacion-parvularia-en-chile.pdf>

REVISTAS, INJUSTICIA, VIOLENCIA: EL GÉNERO EN CHILE

A las 2 de la tarde, Santiago es un carnaval de mujeres y hombres con maletines, escolares hambrientos y vendedores ambulantes. A la altura de la estación de metro Universidad de Chile, las hordas se ven como grupos uniformes. Uno tras otro, los montones de chilenos caminan con la mirada perdida, uno tras otro.

Anestesiados por el calor y la falta de oxígeno dentro del metro, el frío de afuera y el gentío en la vereda, nadie parece darse cuenta de cómo absorben las palabras, la música, las imágenes y las escenas que suceden en cada esquina.

En una de las esquinas, un quiosco tiene en vitrina decenas de revistas. Las únicas mujeres ocupando portadas están en lencería o trajes de baño, en revistas de moda o ejercicio. No, no todas, hay un par que protagonizan una revista de tejidos y una de cocina.

Ministros y deportistas están en todos los diarios de circulación nacional, ocupando portadas y menciones en grandes titulares. Algunos pasan y quedan mirando las publicaciones. En la calle, todos caminan; en el papel, los hombres gobiernan y ganan, las mujeres posan y sonríen.

“La publicidad reproduce un tipo de pensamiento que tiene que ver también con el ‘rol’ de la mujer. Si bien la sociedad está más evolucionada y se ha abierto en algunas cosas, aún persiste esta clase de pensamiento respecto de conductas esperadas en las cosas más profundas”, señala Camila Fredes, psicóloga de la Universidad Diego Portales con un diplomado en Estudios de Género. Los medios son, en este caso, espejo de la sociedad y agente formador de estereotipos al mismo tiempo. ¿El problema? Nadie se da cuenta, y mientras mujeres sufren maltrato a manos de sus parejas, amigos o colegas, pocas veces llegan a las noticias más que como modelos, cocineras o tejedoras.

Según datos del Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género, hasta junio de 2017 van 23 mujeres asesinadas a manos de sus parejas y 48 “femicidios frustrados”², esto quiere decir, asesinatos que por algún motivo no llegaron a consumarse. Si bien durante los últimos 10 años, la

² Cifras sacadas de la página del Ministerio de la Mujer y Equidad de Género en la sección de Cifras de femicidios. Disponible en: <http://www.minmujeryeg.gob.cl/sernameg/programas/violencia-contra-las-mujeres/femicidios/>

cifra ha disminuido y aumentado en distintos grados, pero siempre manteniéndose más o menos estable.

Los femicidios terminaron por convertirse en un “segmento” más en los noticieros locales, con un promedio aproximado de tres a cuatro de estos crímenes por mes (llegando a la cifra de uno diario en pleno marzo de ese año). Esto, sin contar otros actos de violencia de género sin resultado de muerte. En 2016 los femicidios sumaron 34³

Otra vez, estas cifras sólo consideran asesinatos o intentos de asesinato, sin contar otras instancias de alta gravedad (violencia física o psicológica en distintos grados, violencia sexual, etc.) que muchas veces ni siquiera llegan al nivel de denuncia.

Dos cuadras hacia arriba, un letrero automático pasa distintos avisos publicitarios. Uno de ellos lo protagoniza un hombre con traje de alto ejecutivo sobre un espacio dorado, en el que una botella de perfume y una mujer en lencería brillante “adornan” el fondo. En el siguiente, un famoso actor televisivo en esmoquin modela al lado de un nuevo auto. Con las llaves en la mano, el personaje sonríe a la cámara al lado del precio del vehículo en números gigantes. El siguiente anuncio es uno de una crema. En él, una mujer posa para la cámara al lado de una botella de una crema que asegura eliminar marcas de cansancio y tensión en las piernas.

De un par de metros de extensión, los avisos cambian cada 10 o 15 segundos en lo alto mientras el río de santiaguinos sigue caminando, ocasionalmente mirando el letrero sin percatarse de que, otra vez, las mujeres son accesorios o criaturas nacidas para el recreo visual, y los hombres son éxito, dinero y poder. “La publicidad ejerce una influencia también porque basta con encender la tele, meterse a internet o ver una revista. Los niños están expuestos a eso y los padres por otro lado ya saben a través de eso con quienes deben identificare sus hijos o qué actividades realizar. La publicidad le va mostrando a todos cómo deben actuar, qué es lo que se espera de ellos como mujeres u hombres”, menciona al respecto Fredes.

A pasos de ahí, en pleno Paseo Ahumada, las vitrinas de grandes tiendas apoyan este modelo. Un negocio del retail expone una colección de ropa masculina rodeada de libros, globos terráqueos, mapas y figuras de aviones, además de trofeos y medallas. La escenografía de los

³ Cifras sacadas de la página del Ministerio de la Mujer y Equidad de Género en la sección de Cifras de femicidios. Disponible en <http://www.minmujeryeg.gob.cl/sernameg/programas/violencia-contra-las-mujeres/femicidios/>

pantalones y sweaters hace referencia al éxito profesional e intelectual. La vitrina del frente, dedicada a las mujeres, presenta vestidos, abrigos y zapatos sobre un fondo con fotos de familias, parejas heterosexuales, modelos blancas y algunas flores.

Cassidy Hill, académica y activista feminista estadounidense señala que existe un discurso misógino internalizado respecto a lo negativo de lo femenino. “Si una persona decide usar maquillaje o ponerse un vestido, son vistos como débiles y poco poderosos. Esta línea de pensamiento es peligrosa porque se da por entendido que lo femenino no puede tener el mismo poder que lo masculino”⁴. Es necesario hacer esta aclaración. ¿Existe algo negativo con la femineidad? No necesariamente, pero en una visita arbitraria al centro de la ciudad, el relato parece ser consistente en relación al éxito para los hombres y la belleza o atractivo físico para las mujeres.

El estigma, la marca, no es el útero, no es la condición biológica de ser mujer. Es lo femenino. Lo femenino se convierte en peligroso, y por ende, termina siendo eliminado a través de acoso, violencia y muerte.

En noviembre del 2016, durante la firma de un proyecto de ley que endurece las sanciones contra maltratadores de mujeres, la presidenta Michelle Bachelet abordó el asunto, recalando el componente *de género* que existe en estos casos:

“Esto no es un tema privado, no es un tema de la casa, no es un tema donde uno no puede meterse. Durante demasiado tiempo, ese ha sido el discurso que mantiene a los maltratadores impunes (...) necesitamos a los hombres y a las mujeres unidos para que realmente podamos cambiar esta cultura machista. Nos reunimos para decir basta de violencia contra las mujeres, nos reunimos para decir que no estamos dispuestas a seguir tolerando el abuso y agresión a manos de los hombres”

Porque no es casual.

⁴ Cita obtenida de artículo “Femininity is not bad and we should all stop hating it”, desde <https://www.theodysseyonline.com/femininity-is-not-bad>

Según datos del INE, del total de mujeres entre 15 a 50 años, un 35% declaró haber sido víctima de violencia a manos de su pareja o ex pareja en el 2015⁵. El abuso físico por parte de sus parejas es una tendencia fija para las mujeres, y está lejos de ser un indicador casual o circunstancial.

Y es que se trata de algo más profundo.

El estigma femenino

Del total de alcaldes en Chile -casi 400- sólo un 12% corresponde a mujeres, y un 25% en el caso de los concejales⁶. De 120 asientos en la Cámara de Diputados, apenas 19 son ocupados por mujeres. En el caso del Senado, el número desciende a seis de un total de 38⁷.

Si tomamos en cuenta que la cantidad de mujeres en Chile supera el 50% (alrededor de 9 millones)⁸, no es difícil caer en cuenta del grave problema de representatividad que aqueja al género femenino. Especialmente si se considera que de acuerdo al INE, las mujeres perciben un ingreso medio 30% menor al de los hombres⁹.

Al investigar y mirar los antecedentes estadísticos, históricos y políticos, se hace cada vez más evidente que la mujer, el género femenino, está en desventaja.

Esto no es casual, y para la academia –o por lo menos las ramas actuales y progresistas de la sociología y antropología- tiene sus raíces en el sistema social en el que vivimos: el patriarcado.

En términos simples, el patriarcado se define como el conjunto de operaciones sociales (políticas, culturales, educacionales, legales, etc.) que terminan en una distribución desigual del poder comandada por el género. Es decir, el sistema en el que los hombres tienen predominio por sobre las mujeres, y este predominio está basado, precisamente, en el género.

⁵ Datos obtenidos de “Los indicadores de género” del INE, 2015. Cifras disponibles en <http://www.ine.cl/estadisticas/menu-sociales/genero>

⁶ Obtenidos de “Mujeres y Elecciones Municipales 2016: Representación en Alcaldías, PNUD de 2016.

⁷ Números de Senadores y Diputados en: <http://www.camara.cl> y <http://www.senado.cl>

⁸ Estadísticas del INE. Distribución porcentual del ingreso autónomo y brecha entre las personas de 15 y más años por sexo. <http://www.ine.cl/estadisticas/menu-sociales/genero>

⁹ Datos del INE, disponibles en <http://www.ine.cl/estadisticas/demograficas/y/vitales/>

En Latinoamérica, una de las académicas más reconocidas y referentes del tema es Alda Facio. La costarricense señala, en su célebre publicación “Feminismo, Género y Patriarcado”, que “la diferencia mutua entre hombres y mujeres se concibió como la diferencia de las mujeres con respecto a los hombres cuando los primeros tomaron el poder y se erigieron en el modelo de lo humano. Desde entonces, la diferencia sexual ha significado desigualdad legal en perjuicio de las mujeres”¹⁰.

Pese a ser un concepto manoseado tanto por la publicidad como por los grupos anti-feministas, el sistema patriarcal es evidente al mirar, por ejemplo, las cifras antes señaladas, o al cerciorarse de que las mujeres mueren a manos de hombres a un ritmo que sólo parece acelerarse o, en el mejor de los casos, no disminuir.

¿Es, entonces, una casualidad que en los medios, en el parlamento, en los espacios laborales, vitrinas de tiendas, y especialmente en la supuesta seguridad del hogar, las mujeres siempre se vean en desventaja, o incluso vean su vida en riesgo?

¹⁰ Cita obtenida desde <http://centreantigona.uab.es/docs/articulos/Feminismo,%20g%C3%A9nero%20y%20patriarcado.%20Alda%20Facio.pdf>

APRENDER A SER NIÑA, APRENDER A SER NIÑO

“Una vez me dijeron: ¿te puedo preguntar algo?, pero no te sientas mal. Yo dije que obvio, sí. Y la pregunta fue: ¿por qué no le pusieron aritos a su guagua? Yo respondí que porque preferimos que ella decida si quiere aritos o no. Otra vez, un familiar, después de compartir un rato, nos pregunta ¿y es niña o niño? Y entre risas le dijimos ¿cómo, todavía no sabe que es niña? Y nos respondió ¡Ah, es que como no tiene aritos!”

Entre risas y un poco de tedio, Paulina Muñoz cuenta cómo, de a poco, se acostumbra a ser madre de una niña. Los mismos esquemas molestos y agresivos a los que ella misma temía antes de ser madre parecen no haber cambiado, y su hija, de apenas seis meses de vida, ya recibe, sin entenderlo, el peso histórico de ser mujer sobre sus minúsculos hombros.

Dueña de una pastelería y con estudios culinarios y en artes visuales, Paulina y Felipe, músico y dueño de la misma empresa familiar, tuvieron a su primera hija después de años de escuchar la pregunta en boca de familiares, amigos e incluso desconocidos: “¿Y la guagüita cuándo?”.

“Se suele preguntar a las embarazadas con panza de varios meses ¿ya sabés qué es? ¿Es nena o nene? La genitalidad observada por el médico determina el sexo. Sexo masculino o sexo femenino son los protagonistas del orden heteronormativo”, dice Luciana Guerra, académica de la Universidad Nacional de la Plata, Argentina, en su obra “Heteronormatividad y Familia”

“Quisimos, por pura curiosidad, saber si era niña o niño. Porque es un momento divertido pero más que nada para tener la idea de ella como persona, para imaginarla”, cuentan los padres de Pascal. Una vez que supieron el sexo, obvio, la conversación con familia y amigos tendía siempre a lo mismo.

“Nos daba lo mismo el sexo de nuestra guagua, pero al tiro empezaron los comentarios. ‘Ahora vas a tener que andar con una pistola’, le decían entre risas siempre a Felipe”, cuenta Paulina. Ambos concuerdan en que nunca esperaron ni desearon un hijo de un sexo en específico, y que habrían reaccionado igual cualquiera fuera el caso. Es más, las primeras compras que hicieron, tanto de ropa como artículos para su pieza, siempre fueron de ambas secciones en la tienda.

“La ropa que le compramos siempre ha sido variada. Siempre pensamos en que pudiera usarla cualquiera fuera el sexo, pero en general no nos fijamos en que sea ‘para niñita’. De hecho, recién nacida en el hospital pensaron que era niño porque llevaba puesto un gorrito celeste y al mudarla dijeron: ¡Ah! Era nena., cuentan.

Volviendo al análisis de Luciana Guerra, la investigadora hace un diagnóstico en bruto de lo que significa, para niñas y niños, el sistema de obediencia forzado a formas esperadas de “ser”:

“Cuando la niña no juega a la muñeca sino que se trepa a los árboles, cuando rechaza los vestidos y el color rosa, en definitiva cuando no se comporta como una señorita los estigmas aparecen como mecanismos de adoctrinamiento. Marimacho, machona, varonera, india y mal educada son las primeras agresiones que demarcan los límites que no deben ser trasgredidos. Por su parte, el niño también tiene juegos en los que debe ensayar su futura masculinidad hegemónica. No llorar, ni usar el color rosa, no vestirse de princesita ni pintarse los labios, ejercitar su fuerza jugando a la lucha. Autos, camiones, aviones y barcos, son juguetes ideales para los niños.”

Es evidente para muchos como Paulina y Felipe, el hecho de que incluso desde el vientre hay expectativas de cómo debería jugar, vestirse o verse una niña. “Yo creo que me siento así respecto a la Pascal porque de niña siempre fui así. No siempre me gustaban las cosas ‘de niñitas’. Cuando en el colegio había que hacer un trabajo en bordado, y los niños hacían cosas de madera, siempre me habría gustado hacer eso, porque sabía que era capaz de hacerlo”, confiesa. Es evidente que en décadas, las expectativas sociales respecto a la masculinidad y la femineidad y la forma de presionarlas en los demás han, a lo más, disminuido sólo un poco o cambiado en forma, pero se mantienen en lo esencial.

Guerra concluye: “Los roles genéricos son aprehendidos en la más tierna edad y el sexismo estridente de los juguetes reprime y limita la libertad en la infancia. La familia, la escuela, y los medios de comunicación están sincronizados para afianzar los estereotipos de género. La diversidad de identidades genéricas o bien es invisibilizada o estigmatizada y patologizada”.

De muñecas y pelotas

“Tuvimos un lío cuando hubo que elegir el regalo de navidad para los niños”, relata Karla Reyes (29). Profesora de Historia y nacida en Chiloé, reconoce los estigmas de género que existen incluso desde el inicio de la vida de las niñas y niños.

“Al inicio las tías propusieron lo típico; muñecas para las niñas y unos monitos de acción para los niños, y varios apoderados dijimos que no estábamos de acuerdo”, relata. Su hija cursó la prebásica en un jardín infantil de la Junji en la ciudad de Chillán. “Después de una discusión eterna, se terminó por elegir un regalo común, que era una toalla de playa”. Casi común, indica Karla, “las toallas de las niñas eran de princesas y la de los niños de monstruos y robots”.

Para ella y Manuel Andrade (39), padre de su hija Victoria y también profesor, tener una niña marcó varias particularidades desde su nacimiento. “Cuando tienes una mujer al tiro te preocupas de cosas que la sociedad te ha enseñado, por ejemplo a que siempre ande vestida, a que no muestre mucho de su cuerpo, a que no juegue demasiado brusco, demasiado fuerte”, cuenta Manuel.

Por lo mismo, ambos coinciden en que, pese a intentar criar a su hija fuera de lo que ellos entienden como paradigmas tradicionales de género, se pierde un poco el control con la exposición a los medios y a la sala de clases, uno de los primeros espacios normados de socialización.

La realidad es que tanto dentro como fuera de la sala de clases, el panorama es complicado para los pequeños y pequeñas. Mientras las calles los bombardean con estereotipos, formas de ser, de vestir, de jugar y de caminar, las aulas los adaptan, silenciosamente, a formas de vivir y comportarse asignadas simplemente, según los genitales con los que nacieron.

“Yo no soy mucho de maquillarme, tampoco me gustan los tacos ni nada de eso, y apenas uso joyas, y siempre intentamos enseñarle a nuestra hija que eso está bien, que uno puede andar como quiera”, dice Karla. En la misma línea, Manuel agrega que “decidí usar el pelo largo y hasta me puse aros, precisamente para que ella viera que los hombres pueden usar aros, que no hay cosas exclusivamente de hombre ni de mujer.”

Con el ingreso de Victoria a la educación preescolar, Karla y Manuel notaron en ella algunos indicios de ideas sobre género que ellos nunca le inculcaron. “Un día llegó y me dijo ‘mamá ¿por

qué no usas aros? las mamás tienen que usar aros’ y yo le respondí ‘no todas las mamás usan aros, hija’, y ella me dijo ‘ah, entonces no sabes ser mamá’”, cuenta su madre.

El poder del aula

Muchas investigaciones han mostrado el impacto que el espacio del aula, y la figura de las educadoras, pueden tener en las concepciones de mundo de los infantes. Al fin y al cabo, es en este lugar donde las pequeñas y pequeños pasan gran parte del día.

Entre dichas investigaciones destacan en el círculo chileno las de la académica María Gabriela Morales. “A mí siempre me interesó el tema de género, desde mi mamá que pertenecía a grupos feministas, hasta que llegué a la Universidad y me di cuenta que era un tema donde había mucho que trabajar”, cuenta. Educadora de Párvulos, magíster en Psicología por la Universidad de Concepción y Máster en Psicología Educativa por la Universidad de Barcelona, Morales ha trabajado, entre otros, en la observación de algunos jardines infantiles y las interacciones específicas entre las educadoras y los niños.

En su estudio “Desigualdades del discurso pedagógico y desigualdad de género”, la académica señala que en el espacio preescolar “existen concepciones culturales que son transversales y que reflejan pautas discursivas estereotipadas, pautas que colocan a las niñas en una preocupante situación de desventaja, limitando, probablemente, sus posibilidades de desarrollo”.

Algunos de los hallazgos incluyeron la tendencia de las profesoras a prestar atención a los niños por sobre las niñas, al predominante uso de diminutivos con estas últimas y a los refuerzos positivos para ellos versus los tratos correctivos hacia ellas.

No es casualidad, indica Morales, que en el inicio de la Educación Parvularia, las niñas lleguen con ventaja sobre los hombres, y que sólo ocho meses después, éstos las superen en forma considerable en coordinación, habilidades motrices y desarrollo del lenguaje.

Son, en promedio, ocho horas las que las niñas y niños pasan en las salas de clase. En estas horas aprenden, socializan, son estimulados, miran su entorno y descubren como relacionarse con

él. En muchos casos, es aquí el único lugar donde los infantes son estimulados cognitivamente en forma controlada y conducente a formarlos como seres sociales integrales. ¿Por qué, entonces, seguimos replicando estereotipos? ¿Nos damos cuenta de que, al pedirle a la niña que se lave la cara y dejar al niño embarrado sin problemas, estamos replicando un modelo de sociedad que es nocivo?

“Las nociones sobre género están asentadas en el ámbito de la cultura, de los sentidos comunes”, dice la Educadora y Máster en Psicología. “Por ejemplo, las niñas y niños tienen posibilidad de elegir libremente con qué jugar, y no hay una reflexión de que esa selección libre puede repetir algunos estereotipos dañinos”.

Este tema parece ser común en las aulas de la educación parvularia, y el problema es que la reflexión respecto de cómo esta elección libre puede terminar siendo una repetición de estereotipos, no se está haciendo.

Valentina Steib, educadora de párvulos en Viña del Mar, menciona que en su experiencia, la asignación de roles es algo que hacen los propios infantes: “En la mayoría de los jardines en donde he trabajado se utiliza el juego de roles o juego de rincones, donde existen los rincones de cocina, juego, autos, muñecas, etcétera, y en los cuales niños y niñas juegan de igual manera y tienen las mismas posibilidades de elección, sin que el adulto determine lo que el niño o niña quiera escoger”. Lo mismo señala, en Santiago, Claudia Burgos, quien ha trabajado en jardines infantiles de la Junji: “Acá hemos sido formadas sobre género, y una de las cosas más importantes es que, por ejemplo, a los niños y niñas se les deja jugar con lo que quieran”

Morales indica que es necesaria una reflexión respecto de los niveles más profundos de cómo nos comportamos para poder remover los cimientos, por ejemplo, sobre *lo masculino* y *lo femenino*. “Cuando tu cuestionas los conceptos sobre género, cuestionas la cultura más profunda, que es lo que has aprendido de tus papás, de los medios y de tus amigos desde que naciste. Es difícil llegar y remover esos sentidos comunes”, señala Morales.

Una de las formas de lograr aquello es con iniciativas de gobierno que redirijan y guíen, en la medida de lo posible, las dinámicas de la educación parvularia.

La primera agenda de género, instaurada por la presidenta Michelle Bachelet el 2006, puso el tema sobre la mesa en varios ámbitos de la vida pública, con el fin de reducir la discriminación en

contra de las mujeres, reducir la brechas con relación a los hombres, ampliar sus derechos públicos y contribuir a su empoderamiento como sujetos sociales.

Con esta iniciativa, se impuso por primera vez con prioridad el tema de género en el currículum educativo, y así, el tema entró al aula de la educación parvularia. Para Morales, esto significó que “toda una generación de niñas y niños comenzaron su educación, por lo menos, tiñéndose de concepciones saludables sobre lo que es el género”.

Las bases curriculares, al mencionar el tema, lo pusieron al nivel del conocimiento necesario para formar ciudadanos integrales y partícipes de la vida pública. ¿Cómo es que entonces aún se repiten sistemáticamente tantas prácticas que pueden ser dañinas para niñas y niños?

El núcleo del problema va un poco antes del aula, y radica en la formación que las educadoras y educadores tienen antes de pisar los jardines infantiles.

Mallas Curriculares en déficit

Para Paula Leiva, profesora de educación básica en Concepción, varios de los sentidos comunes sobre género llegan como sedimento a la educación primaria. Leiva ha hecho clases en distintos niveles en Chile y en Estados Unidos, y nota ciertos comportamientos que son propios de nuestra cultura en particular. “En cada colegio que he llegado me he encontrado con situaciones que, en el ámbito del comportamiento de niñas versus niños, son preocupantes”, señala.

“Al primer colegio al que llegué, una de las primeras conversaciones que tuve con el equipo directivo fue sobre el código de vestuario que, en realidad, es súper dictado por el género”, señala Leiva. “A veces se interrumpían clases sólo para amonestar a niños con el pelo largo o niñas con la ropa sucia”

¿Alguna vez escuchaste comentarios de profesores o administrativos respecto de normas de comportamiento específicas para niños versus niñas?

Sí, era súper común que los profesores se burlaran, así a viva voz, de los niños que eran más afeminados, que había que enderezarlos o tener cuidado con que se juntara mucho con los otros niños o qué se yo.

¿Tú alguna vez dijiste algo?

Yo hacía lo que podía, que en el fondo era darle contención y apoyo a estos niños, le decía al curso que no los molestaran, pero sólo eso. No tengo formación profesional respecto de temas de género ni sexualidad más allá de lo que se enseña en biología.

Lo cierto es que, prácticamente en su totalidad, las mallas curriculares de educación, incluyendo las de Educación Parvularia, carecen de formación en género, ni siquiera respecto de cómo reconocer los problemas latentes en género que hoy son parte esencial hasta de la pauta noticiosa, mucho menos sobre cómo abordar casos de niños transgénero, familias homoparentales o estereotipos en la sala de juegos.

Incluso en carreras profesionales en las que los estudios de género deberían ser un tema de atención e investigación con cierta relevancia (como la sociología, la antropología, la psicología, las comunicaciones o la medicina), queda relegado a postgrado exclusivamente o cursos electivos, talleres y especializaciones optativas.

Ahora, si algún avance es reconocido casi en forma transversal, esa es la Agenda de Género ya mencionada, impulsada múltiples ocasiones por el gobierno de Michelle Bachelet. Dentro de sus alcances en el ámbito de la Educación se cuenta la capacitación a trabajadores del área de Currículum del Mineduc, se agregó la eliminación de estereotipos de género como requisito para textos escolares, se implementó un curso de perfeccionamiento para Pedagogía con enfoque de género en la Universidad de Chile, entre otros.

Lo cierto es que si bien se hacen esfuerzos en capacitar y formar a las y los profesionales, las iniciativas se quedan en eso. Debido a que todo lo que engloba los estudios de género no es un tema de primera relevancia a nivel gubernamental ni de los planteles educacionales, la reflexión carece de la profundidad necesaria para pasar de los cambios superficiales, a una modificación profunda del currículum, las estrategias de aprendizaje y, a la larga, de las concepciones culturales sobre el tema en el país.

“Los gobiernos en Chile tienen muy metido esto de pasar datos, de depositar conocimiento, de entregar información. Este fenómeno también ocurre en las escuelas de Pedagogía, donde el enfoque siempre es entregar recursos”, reafirma Morales.

“Fundamentos sobre la familia”, “Modalidades Curriculares” o “Didácticas del aprendizaje” son algunos de los cursos que más se repiten en las principales mallas curriculares de Educación Parvularia en el país. Sobre género en infancia, desarrollo de identidades, o incluso formación en estudios de género para las educadoras, nada.

Valentina Steib, quien egresó de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, menciona nunca haber tenido formación en género pese a que es un tema que le interesa. “Creo que es un tema tremendamente importante para el desarrollo de los niños pero falta mucho por avanzar, no sólo en nuestra formación sino también como sociedad. Son cosas que se pueden hablar con los niños, explicarlas. Tendemos a subestimar sus mentes pero ellos son capaces de entender súper rápido porque no tienen prejuicios”, agrega.

Sofía Hales, psicóloga de la División de Políticas Educativas de la Subsecretaría de Educación Parvularia del Ministerio de Educación, asegura que “este tema de la equidad de género es algo que al gobierno, y particularmente al Ministerio de Educación, que es desde donde yo te puedo hablar, le interesa mucho y está en el espíritu de nuestras políticas”. Hales señala que existen mesas de trabajo permanentes en el tema, y que hay formación tanto para los funcionarios y autoridades ministeriales como para las educadoras de párvulos y los distintos miembros del cuerpo docente.

“Cada establecimiento es un universo en sí mismo, y no puedes controlar lo que pasa en cada uno, sin embargo podemos ir trabajando en cambiar algunos paradigmas”, asegura.

— ¿Existe fiscalización?

— Fiscalización permanente no existe desde el Ministerio, pero tenemos protocolos de denuncia. Entonces estamos preocupados de la formación y de reforzar contenidos de género en docentes, y para la violencia más concreta, más grave, la Superintendencia de Educación hace fiscalización. Tenemos cursos y documentos que se suben a la página web y que los docentes pueden revisar y formarse en temas de lenguaje inclusivo, violencia, etcétera.

— ¿Y cómo se aseguran que esto tenga resultado? ¿Existe alguna forma de retroalimentación?

— Bueno, la Superintendencia recibe denuncias y ahí se sigue un protocolo de visitar el colegio, empezar una investigación y todo eso.

— ¿Entonces la fiscalización es sólo a través de denuncias?

— Sí, actualmente no existe una fiscalización permanente.

Desde la Superintendencia de Educación, Lucía Pérez señala que los protocolos de denuncia y fiscalización sólo existen desde marzo del 2017, y por lo mismo aún no se tienen mecanismos específicos de detección de problemas más allá de las denuncias. Al mismo tiempo, dichas denuncias sólo conducen a la fiscalización activa del organismo y una posible investigación si responden a índoles de violencia sexual, abuso físico, abandono, exposición a violencia o discriminación arbitraria. “Si hay una denuncia, se manda a un equipo y se ve qué se puede hacer. No tenemos a fiscalizadores que vayan y digan como ‘¿ah pero tú eres especialista en género?’”, agrega Pérez.

La Subsecretaría de Educación Parvularia es relativamente nueva, y tiene más o menos un año de vida. Con un par de cambios en la dirección de sus oficinas y un cuerpo de funcionarios que aún se está constituyendo, las mesas de trabajo parecen remitirse a espacios de discusión académica, y al menos en lo relativo a género en jardines infantiles, sus efectos concretos no llegan a puerto. Si bien aseguran que se realizan seminarios con especialistas chilenos y extranjeros y que se suben periódicamente manuales e instructivos a su sitio web, la realidad en los establecimientos se ve alejada del progresismo que se vislumbra dentro de estas oficinas.

Antes de la existencia de ambos organismos normadores y fiscalizadores, todo lo relativo a educación parvularia era realizado por la Junji y Fundación Integra. La creación de la Subsecretaría y la asignación de roles específicos en educación parvularia a la Superintendencia es definitivamente un avance, pero mientras estos cuerpos de trabajo se arman y deciden qué y cómo hacerlo, generaciones de niñas y niños pasan por aulas de educación parvularia en las que, aún, se les pasa la escoba a las niñas y los autitos a los niños.

“El problema central aquí es el entendimiento de la pedagogía”, señala Gabriela Morales. “La pedagogía cruza el conocimiento técnico con el conocimiento de la vida. Así, las educadoras no son sólo ejecutoras de la pedagogía, son también sujetos capaces de crear un orden de conocimiento”, señala.

Finalmente, el problema no radica solamente en los contenidos enseñados, sino en el método con el que son formadas las educadoras de párvulos.

“En vez de mostrarles un PowerPoint con estrategias para evitar reproducciones de estereotipos machistas, por qué no mejor ir con ellas al aula, observar con ellas lo que ahí ocurre y, en forma colectiva, trabajar una comprensión diferente de tal o cual tema”, concluye Morales.

LOS NUEVOS CUENTOS INFANTILES

“Traje un dinosaurio hoy”, les cuenta Joaquín a algunas de sus compañeras apenas entra a la sala del pre kínder, Javiera grita asustada cuando lo escucha, pero Antonia la interrumpe inmediatamente.

“A mí no me dan miedo los dinosaurios porque soy valiente, como la película Valiente”.

Javiera la mira y segura esta vez afirma: “Entonces a mí tampoco me dan miedo”.

Con solo algunos minutos en esta pequeña y abarrotada sala –llena de coloridos carteles escritos que, por supuesto, ninguno de estos niños entiende– noto la gran influencia que tienen en todos ellos las películas infantiles. Las mochilas de *Frozen* comienzan a apilarse a las 8:30 am en los pequeños percheros de la sala de pre kínder del jardín infantil Los Mañositos¹¹, ubicado en la calle San Ignacio de Loyola, a un par de cuadras del Parque O’Higgins en la comuna de Santiago Centro.

El barrio que hasta hace poco lucía antiguas casonas, comienza a llenarse de edificios residenciales que superan los 20 pisos, parte del acelerado crecimiento inmobiliario de la comuna que actualmente alberga a más de 372 mil habitantes¹². En estos nuevos edificios viven la mayoría de las niñas y niños del jardín e incluso la educadora del pre kínder, que me cuenta como con frecuencia se encuentra con sus pequeños estudiantes en almacenes o en el supermercado, incluso durante los fines de semana.

Pero el avance inmobiliario parece no afectar demasiado al establecimiento que se ubica en una casa intacta al paso de los años. La antigua fachada de cemento solo deja ver hacia su interior a través de dos ventanas con rejas, una de ellas que da casualmente a la sala de pre kínder por

¹¹ Observación presencial realizada el 21 de marzo del 2017.

¹² Comunas: Población estimada al 30 de junio por sexo y edad simple 2002-2020, INE. Información disponible en <http://www.ine.cl/estadisticas/demograficas-y-vitales>

donde los niños se asoman ocasionalmente solo para saludar a las personas que transitan por el sector.

Los estrechos pasillos del jardín pintados de colores deslavados no permiten que los inquietos niños corran como en otros establecimientos, ni muebles entre las salas, ni siquiera grupos demasiado grandes. Los cursos que apenas rondan entre los 10 y 13 estudiantes, van desde la sala cuna hasta pre kínder.

El jardín tiene una tradición católica, por lo que muchas de las canciones que se les enseñan a los niños y niñas tienen este componente religioso y en más de una actividad (sobre todo al iniciar la colación) se enseña a rezar y agradecer a Dios. Sin embargo, a quienes más parecen admirar tanto las niñas como los niños son a los personajes de diversas películas infantiles, que no están solo en sus mochilas, también están en casi toda su ropa, en los estuches y hasta en los cepillos de dientes.

Javiera, que viste de rosado de pies a cabeza, se acerca luciendo la corona que lleva de cintillo y después de preguntarme el nombre, comienza a hablar emocionada de *Frozen* y de lo mucho que le gustan las princesas porque son lindas. Empieza a hablar también de otras princesas, de sus vestidos y sus peinados, sin comprender que la historia de la película que me relata se aleja bastante de los cuentos tradicionales. Las princesas ya cambiaron el matrimonio y el príncipe azul por otros sueños y aventuras.

Quizás por eso, cuando dos de sus compañeras se sientan junto a ella en una pequeña mesita, la conversación deriva rápidamente a otros temas. Las niñas cansadas de escuchar como Javiera relata las repetidas historias de princesas, comienzan a narrar cuentos de terror. Todas se emocionan por el tema que ahora incluye lo que para ellas son terroríficos relatos de fantasmas y extraterrestres. Javiera termina uniéndose al tema y opinando con las demás.

“A mí me gusta esa película de marcianos”, comenta Trinidad

“A mí igual y tengo esa donde llegan los marcianos a invadir a las personas”, agrega Antonia

“Yo también vi una de marcianos y también una de fantasmas”, afirma finalmente Javiera “pero no me dan miedo”.

Mientras tanto, Joaquín que está sentado tímidamente juntos a las niñas, llama a la profesora que aceleradamente terminaba de ordenar los percheros y le pregunta si los fantasmas existen. Y aunque la educadora les dice que no hay nada que temer, las niñas se adelantan y le aseguran que son valientes y fuertes, por lo que esas cosas no las asustan.

Parece que al menos en este curso, la narrativa que convoca a los niños y niñas ha cambiado. Las princesas, aunque siguen siendo princesas, ya no son débiles ni pasivas y se pueden convertir incluso en las heroínas con aventuras que en el pasado solo estaban reservadas para los personajes masculinos.

La psicóloga Camila Fredes señala:

“Cuando somos pequeños estamos más expuestos a la influencia del mundo, en ese sentido, por supuesto que estamos expuestos a los estereotipos que se vienen repitiendo durante siglos, pero esto también da lugar a la generación de nuevas concepciones del mundo. Si nace un nuevo relato que nos habla por ejemplo, de mujeres que son capaces de hacer cosas que antes solo hacían los hombres y este tipo de historias se le empiezan a repetir a los niños, es muy probable que ellos las internalicen rápidamente y que vayan naturalizando también las decisiones que toman los personajes. Sin embargo, aunque las historias estén cambiando en la superficie, existen ciertos arquetipos que están mucho más arraigados en nuestra cultura y que también dictan los roles de mujeres y hombres, como es el caso de las princesas.”

Abandonando los estereotipos

A un costado de la sala, en un pequeño mueble con casilleros de madera, se apilan cajas de plástico con el material didáctico del pre kínder. Como una forma de llenar el tiempo de lo que queda de mañana y entre repetidas disculpas por la falta de planificación de actividades, la educadora saca juguetes de las cajitas y los distribuye en grupos a los 13 niños del curso.

El grupo que está en una mesita junto a la ventana comienza a sacar unas pequeñas figuras de colores que representan a los integrantes de la familia. Antes de comenzar con esta improvisada actividad, la educadora advierte:

“Recuerden que pueden armar una familia como ustedes quieran, con solo una madre o un padre. Quizás puede ser parecida a la que tienen ustedes.”

Entonces los niños y niñas arman diferentes familias y entre las fantasías propias de los cuatro años –que incluyen por ejemplo demasiados animales– se alejan mucho de la idea tradicional o más bien del cliché de lo que debiese ser un núcleo familiar con un papá, mamá e hijos, como el que se visualizaba tan claramente hasta hace algunos años.

Entre Lucas –un niño tímido y conciliador– y Antonia –que parece ser siempre la líder de los grupos en los que está–, crean la historia de una familia con solo un padre. Mientras tanto Trinidad un poco más sola y desinteresada en compartir el juego con sus compañeros, arma la escena con dos madres. Después de eso, las familias comienzan a mezclarse en el grupo y les agregan más animales y más hijos.

Pero estos niños no piensan que las familias que arman tienen algo diferente a las demás, tampoco lo piensan de sus propias familias o de las de sus compañeros. Ni siquiera de la familia de Antonia que llegó muy temprano de la mano de su papá con el que pasa algunas noches de la semana o de la de Sebastián que llegó más de una hora tarde acompañado por los relajados abuelos que lo crían.

Un poco más allá otro grupo se dedica a jugar con animales.

“Yo quiero la mariposa”, dice Javiera.

Diego saca una de la caja y se la entrega, después saca una para él. El grupo continúa sacando animales y jugando sin que nadie se percate siquiera de esto que mí me llama la atención. Esa idea de que existen por alguna razón, animales asociados a niñas (que son más delicados, suaves o tiernos) y otros a los niños (más fuertes y toscos) parece haber quedado atrás en este curso. No hay burlas ni miradas extrañas entre compañeros.

A pesar de que los percheros de la sala se siguen dividiendo entre mochilas de autos y princesas y a pesar de la tradición religiosa del jardín, los niños juegan y participan por igual sin diferenciar colores o juguetes. La joven educadora que guía al grupo y que no debe tener más de 28 años tampoco hace distinciones entre niños y niñas y los invita cada vez que puede a aceptarse y a jugar entre todos.

“Por lo general los niños en pre básica todavía no tienen internalizados los roles, estas ideas van cambiando en el tiempo por lo que les dice la familia, el colegio, la publicidad y la cultura en general. En algún momento terminan asumiendo estos roles”, señala Camila Fredes.

Y aunque a los cuatro años las niñas y niños todavía no sepan nada acerca de roles sociales, hay cosas anteriores a ellos que vienen desde la familia. Cosas que perpetúan las formas en la que las niñas deben reaccionar ante la violencia masculina y sobre todo, la exigencia hacia niños que deben seguir patrones de conducta específicos para ser aceptados.

Familias que educan para la perfección

Algunas horas antes cuando todos los niños no terminaban de llegar, la educadora me advierte en voz baja para que sus alumnos no escucharan:

“Hay un niño que es un poco agresivo en el curso. De hecho, algunos padres han venido a hablar conmigo porque les pega a las niñas sin razón”.

Al rato llega Esteban y la educadora me hace una seña para que lo observe. Al cabo de un par de horas noto que se trata de un niño más inquieto que los demás. La mayor altura que tiene en relación con sus compañeros hace que se destaque en el grupo, además lo hace más torpe. Pero lo que tiene intranquila a la educadora no tiene que ver con su contextura física.

La profesora ya conoce a Esteban desde hace un año y me cuenta preocupada cómo es la relación con el resto del curso. Salvo con su pequeño grupo de amigos, este niño no logra adaptarse a las actividades aunque da todo de sí para ser el mejor en todo.

“Sus papás son muy estrictos”, me comenta. “Le exigen mucho.”

Esteban al principio juega con sus compañeros como todos los demás, opina y participa en clases. Sin embargo, cuando ya son las 11:30 am y llega la clase de baile entretenido comprendo el miedo que le tienen algunas de sus compañeras, porque Esteban es más que un niño inquieto: abraza a todos y demanda la atención de su profesora.

Cuando llega la educadora que da comienzo a la clase de baile, Esteban se muestra inquieto y con ganas de sobresalir. Sus compañeras, sobre todo las más pequeñas comienzan a alejarse de él

e incluso se ubican al otro lado de la sala, casi todas excepto Trinidad que comparte con él los golpes y empujones.

Durante esa clase en particular, Esteban comienza a tener problemas para controlarse. Junto a otros dos compañeros empujan a los demás, se tiran al suelo y gritan. Después de dos o tres retos la profesora decide dejarlos y esperar a que se calmen solos.

“Sus papás son muy tradicionales, de hecho el papá se enojó mucho cuando le comenté el comportamiento que tenía su hijo”. No dejé de pensar en los comentarios de la educadora durante todo el día.

La exigencia y la falta del afecto físico derivados de la idea de que los hombres deben comportarse bajo los parámetros del orden y la disciplina es lo que, según la educadora, ha contribuido a la actitud de Esteban. Pero sus padres parecen no entenderlo.

En un momento él se acerca a una niña y le da un beso en la mejilla. La profesora me sonrío y me dice: “si igual no es tan malo.”

La educación de las princesas

Los niños de nivel medio mayor comienzan a llegar al menos una hora antes que en los demás cursos. Armados de autos de madera, un par de niños corre por todos lados cuando recién son las 8:00 am, mientras que las niñas se dirigen a una esquina de la sala esperando casi sin hablar a que comience la clase: ordenan sus mochilas, se sientan en unas pequeñas sillas, saludan a sus compañeras y esperan.

Entonces desde uno de los rincones de la sala, una niña comienza a llorar.

“¿Qué pasa, princesa?”, le pregunta preocupada la educadora que estaba cuidando al grupo.

“Alejandro le pegó”, responde con tranquilidad la educadora asistente que miraba la escena atentamente.

Alejandro es uno de los niños que corre por la sala y después de empujar a su compañera, sigue reproduciendo sonidos de autos y corriendo a pesar de la insistencia de sus profesoras.

“¿Por qué le pegaste, Alejandro?”, lo logra alcanzar una de las educadoras.

Pero antes de que el niño alcance a articular una respuesta, es interrumpido por la otra educadora, la que miró toda la escena con calma parada desde la puerta, quien asomando una sonrisa, comenta: “Como dicen por ahí, el que te quiere te aporrea.”

La escena termina con una reafirmación: “Sí, por ahí dicen eso”, sin reparar en la violencia de esa frase, sin ningún otro adulto presente en la sala y con una decena de niños de apenas tres años que seguramente no entendieron el sentido de una broma que se ha hecho tantas veces en jardines, colegios y quizás cuántas familias.

Incluso la niña que antes lloraba y que ahora, más calmada, se une a un par de compañeras que jugaban sentadas en una de las pequeñas mesitas y que esperan el comienzo de las actividades, no alcanza a entender lo que las profesoras acaban de hacer.

Respecto a esta esta escena, Fredes concluye:

“La gente cree que este tipo de frases son inofensivas y que hacen más tiernas las relaciones entre niñas y niños a esa edad. Puede que escuchando una vez esa frase no pase nada, pero de a poco esas frases comienzan a instalar la idea de que en el amor la violencia es permitida. Incluso cuando se les refuerza la idea de no aceptar la violencia en otros espacios de la vida, en el amor de pareja sí, porque se asocia el amor al sufrimiento y al sacrificio.”

LOS ADULTOS SON LOS QUE DECIDEN

Casi una decena de autos está estacionado afuera del jardín musical Don Osito¹³. Aunque son apenas son las 8:30 am, la mayoría de los padres entra casi corriendo con sus hijas e hijos de la mano. Se trata de hombres apurados, seguramente atrasados a sus trabajos. Saludan a las profesoras, les dan un beso a sus niños y niñas y se van de prisa.

Así van rotando rápidamente los autos estacionados en la pequeña calle donde no hay más que casas y dos edificios residenciales que no superan los cinco pisos de altura. El jardín no sobresale del resto de las casas, salvo por el azul brillante de su fachada y por el patio delantero abarrotado de juegos infantiles.

Ubicado en Ñuñoa, una de las 10 comunas con la mejor calidad de vida en Chile¹⁴, el establecimiento parece encajar a la perfección con los indicadores que definen un barrio muy cuidado y acogedor. Una vez dentro, el jardín infantil adquiere una atmosfera cálida por la calefacción, con salas que están muy juntas entre sí y decoradas con colores vivos.

Justo frente a la entrada está la sala de los grandes y súper grandes a cargo de la profesora Carola Illanes. Allí 15 niñas y niños entre los cuatro y cinco años se preparan con un entusiasmo poco común, para un nuevo día de clases. Una frase de Paulo Freire que está pegada junto a la puerta, me recibe: “La educación no cambia el mundo, cambia las personas que van a cambiar el mundo.”

Todos se saludan con mucha confianza, la mayoría se conoce hace al menos un par de años, tal como busca el proyecto educativo de un jardín alternativo para familias del sector oriente de Santiago.

¹³ Observación presencial realizada el 15 de marzo del 2017.

¹⁴ Datos del “Índice de Calidad de Vida Urbana” del Instituto de estudios urbanos y Cámara Chilena de la construcción en mayo de 2017. Cifras en <http://estudiosurbanos.uc.cl/comunicacion/noticias-y-actividades/2997-icvu-2017-presentacion-en-linea>

Enseguida, la profesora se encarga de recordarles a cada uno que deben ponerse sus cotonas: rojas para las mujeres y azules para los hombres. Las niñas y niños las sacan de los percheros que están fuera de la sala y se las ponen encima de la abultada ropa que traen para combatir el frío de la mañana.

La profesora se sienta, y tomando una guitarra, comienza a cantar. En la primera canción del día pregunta: “¿Cómo están las niñas?”, a lo que las cinco niñas de este curso responden gritando: “¡Muy Bien!”

Los niños comienzan a acercarse y rápidamente noto lo sociables que son. Están tan acostumbrados a recibir visitas por la cantidad de actividades que tienen periódicamente, que no se inmutan demasiado por mi presencia. De hecho un niño de pelo castaño claro, bastante alto para sus cuatro años y con unos lentes muy grandes de marcos azules, no tarda en hablarme:

— Hola ¿por qué estás en la sala?

— Vine a visitarlos por un día, ¿Cómo te llamas?

— Me llamo Julián.

La profesora se toma un tiempo para hablarme de este niño y de algunas de sus compañeras y compañeros, todos hijos de profesionales con padres ingenieros, actores, abogados, etc. Padres que buscaron un jardín que tiene un enfoque en la estimulación en base a estudios de Neurociencia o más sencillamente, buscaron un jardín donde sus hijos aprendieran mediante la música y talleres como taekwondo o flamenco en los que adquieren habilidades muy tempranamente. Pero curiosamente Julián, quizás por lo sociable y amable que es, sueña con un oficio diferente, con ser conserje de edificio.

Después de algunas canciones, van pasando uno por uno a dejar el distintivo que eligieron entre una variedad de figuras geométricas y colores. Observo con cierta sorpresa que niñas y niños por igual eligen el rosado, el verde o el azul y que ningún compañero cuestiona esa decisión.

Las niñas participan al igual que sus compañeros aunque son claramente minoría, posiblemente por eso son mucho más desordenadas que en otros cursos que visité. Incluso la otra

educadora que está en la sala, casi no se aparta de Sofía que se sube a las mesas y a las pilas de sillas cada vez que le quitan la mirada de encima.

A pesar de eso, una de las educadoras me comenta en el patio: “Se nota la diferencia entre los cursos que tienen más niñas o más niños. Las niñas crecen más rápido y por eso son más independientes, pero también son más complicadas. Los niños, quizás son más prácticos y mucho más leales que las niñas.”

“Desde incluso antes del nacimiento se espera un niño o una niña, no simplemente un hijo, eso determina en gran medida las actitudes de los padres. Ya desde muy pequeños una niña aprende a competir por el amor de los demás, mientras que los niños no tienen que preocuparse por eso”; indica Fredes.

Los intereses no importan

A las 10 am la clase es interrumpida por un joven profesor de artes marciales:

“Buenos días niños, hoy les vengo a presentar el taller de Taekwondo. Conozco a algunos por aquí del año pasado: Lucas, Santiago, Julián y bueno, a Daniela también la conozco porque es hermana de Santiago”, lo dice mientras apunta a cada niño y saluda a los que conoce con un choque de manos.

“Para comenzar, vamos a hacer una demostración de artes marciales en vivo. Su profesora los va a llamar uno por uno y yo les enseñaré a pegar patadas”. Los niños gritan eufóricos y se agrupan sentados en una fila frente a la pizarra.

Al oír sus nombres, niñas y niños se dirigen hacia el profesor que les enseña movimientos de taekwondo con manos y pies, todos deben ser anteceditos por un fuerte grito. Los niños van pasando tranquilamente uno por uno a patear sin importar la fuerza de cada uno.

La clase continúa entre muchas risas con el curso emocionado por la visita. Aunque se trata de un deporte que se asocia tradicionalmente a los hombres, este grupo parece no hacer la diferencia que sí hacen sus padres al escoger un taller.

El profesor se despide y deja a todos invitados para que se inscriban. El curso de grandes y súper grandes de este año, tiene la posibilidad de elegir entre cuatro talleres que se realizan después de las clases habituales.

Apenas termina la presentación, llega una profesora de música que ya es algo mayor. Muy lejos del espectáculo anterior saluda tranquilamente, se sienta y comienza a explicar su taller de música hablándoles a los niños sobre el Señor Piano y de la Señora Guitarra. Al igual que el profesor de Taekwondo, saluda a los niños que conoce desde los años anteriores, pero esta vez el escenario es totalmente diferente:

“Del año pasado conozco a Daniela, a Javiera y a Sofía del taller de piano. Diego también estuvo conmigo en el taller de guitarra”

Luego y acompañada por algunas canciones, le da tiempo a cada niño para que toque la guitarra y se retira con la misma invitación del profesor anterior.

¿Son los padres los encargados de ofrecerles a sus hijos la posibilidad de desarrollar todas sus habilidades, o son los colegios los que deberían incentivar la equidad en las materias entre niñas y niños?

Especialmente en un país en el según estadísticas del INE y del Ministerio de la Mujer, arrojaron brechas de más de un 50% en carreras de ciencia y tecnología¹⁵, en la que las mujeres solo alcanzan el 20%. Lo preocupante de estas estadísticas es que, por lo general el nivel de ingresos en estas carreras suele ser superior al de otras áreas.

Desde la Subsecretaría de Educación Parvularia, Hales señala:

“La equidad de género tiene que ver con la posibilidad para todos y para todas. Tiene que ver con que los niños no tengan instalado en sus cabezas que son malos para la literatura y que es algo de mujeres, porque les estamos negando a los niños la posibilidad de conectarse con sus emociones y con esos mundos fantásticos. Hoy en día estamos en una etapa inicial en donde el tema de género ha estado centrado en subgéneros muy específicos. Nosotros estamos preocupados ahora en el adulto que está en el aula y se

¹⁵ Información obtenida de “Estadísticas porcentaje de carreras profesionales tecnología 2007-2015” del INE. Cifras en: <http://www.ine.cl/estadisticas/menu-sociales/genero>

relaciona con el niño o la niña, para que si el día de mañana una niña decide que les gustan las matemáticas pueda desarrollarse en ese sentido.”

No se trata de lealtad

Solo después de los saludos, las presentaciones de los talleres y la colación, los niños y niñas pueden salir a jugar. Alrededor de las 12 pm son dirigidos hacia un patio interior con juegos y pasto falso en el que ya llevan un rato jugando y corriendo los niños del curso de los “medianos”, un año más pequeños.

No se demoran mucho en incorporarse a las actividades. Niñas y niños se apropian de todos los juegos, incluyendo de una casita de colores en la que el juego por excelencia es el de la familia. Se organizan rápidamente con una madre, dos padres e hijas.

Cerca de donde me siento a observarlos, Daniela intenta compartir una bicicleta rosada con una pequeña niña rubia y muy blanca, que le promete entregársela después de un par de vueltas, pero ese momento nunca llega. Daniela pasa el resto del recreo llorando e intentando que alguna de las educadoras la ayude sin ningún resultado.

Otras niñas también pelean por quien se tira primero en el resbalín o por quien tiene derecho a ser hija en la familia en la pequeña casita de plástico. Pienso las decisiones de los padres con respecto a las habilidades que les interesan desarrollar en sus hijos, en lo que para ellos debe ser esperar a un hijo o a una hija, en la diferencia que incluso los profesores hacen con las materias en el colegio y entonces pienso otra vez que la frase de la educadora: “los niños son más leales que las niñas”, quizás tenga algo que ver con todo eso.

ÁREAS VERDES, ÁREAS DE NIÑAS, ÁREAS DE NIÑOS

Hay cuatro cosas –uno podría decir tras sólo una visita- que definen al jardín infantil Áreas Verdes¹⁶ en la comuna de Ñuñoa, Santiago de Chile. Primero, ser una pequeña burbuja educativa entre un montón de bodegas, automotoras, talleres y negocios de barrio. Segundo, la gigantesca y pesada puerta en su entrada que, con amabilidad, abren las auxiliares del recinto para dejarme pasar recién llegadas las 10 de la mañana. Tercero, el olor a papel lustre y plasticina con apenas pasar la puerta de la sala; y por último, la efervescencia de los niños que, uno tras otro, mantienen ocupadas a las cuatro educadoras de párvulos que comandan el aula.

El Jardín recibe a unos 200 niños cada día en todos sus niveles, desde la Sala Cuna hasta kínder. Bordeando una explanada de concreto se lucen las salas de clases, la enfermería, las oficinas administrativas y los baños, todos cubiertos de carteles y afiches, recortes de personajes animados y guirnaldas de colores.

“Llegaste justo a la hora del juego”, dice Claudia Burgos, la tía que pilotea esta cabina de infancia, mientras termina de sacudir su delantal verde que sigue manchado con tierra. “Estamos jugando al doctor y yo era la paciente”, se excusa entre risas. Es la última semana de febrero y el sol está despierto desde temprano. “¡A jugar niños! ya Andrea, párese y juegue con los compañeros”, dice.

No hay tiempo ni para tomar un respiro. Claudia aparece y desaparece de los rincones de la pequeña sala de clases como un espejismo, atendiendo llantos, heridas, poleras manchadas con ténpera, ataques de extrañar a la mamá y peleas por quién se queda con el último dulce. Lo mismo las otras tres educadoras que asisten a Burgos. En este trabajo no existen los descansos.

¹⁶ Observación presencial realizada el 15 de febrero del 2017.

“Como educadora yo he trabajado antes sólo en jardines públicos, entonces es súper especial, porque te encuentras por ejemplo con niños de familias muy humildes, otros que los papás no tienen qué hacer con ellos mientras trabajan, así que los traen”, relata la “tía Claudia” mientras una decena de vocecitas tienen un carnaval de gritos en el patio. “A veces los papás nos piden si se pueden quedar hasta más tarde, o si los pueden traer antes que empiecen las clases porque salen temprano a la pega”, agrega.

Las niñas y niños miran con curiosidad a los dos seres extraños que hoy invaden la sala. Al lado mío, en una silla y con una revista en la mano, una observadora de la Junji lee un reportaje y, cada par de minutos, levanta la mirada para ver qué está pasando en el lugar. Cada otro par de minutos, conversa un poco con alguna de las educadoras a cargo o ayuda a algún niño o niña a alcanzar un juguete o abotonarse el delantal.

Claudia conversa con el resto de su equipo y al parecer la hora del juego se va a extender un poco más. Es viernes y los niños están muy cansados como para hacer otra actividad en la sala. El día está radiante y, como nunca, el calor no es insoportable. “Aprovechamos hartito las áreas verdes y el patio porque a los chiquillos les encanta. Es un poco más de pega para nosotros, pero están todo el día encerrados en su casa así que no nos cuesta nada”, explica una de las educadoras. En total son una treintena de niñas y niños que corretean entre la sala y el patio, acarreando dibujos y juguetes o partes de ellos. Todo es un juego a los cinco años.

Peluqueras y médicos

La mesa es enorme, pero no suficiente, para este grupo de menudos cuerpos que intentan compartirla. Sin peleas, pero con particular propiedad, las niñas mueven cepillos, pinches, peinetas y gorros de baño con la preocupación que su peluquería ficticia merece. Como si fuera un código secreto, todas saben qué parte del peinado les toca hacer y qué herramientas —entre utensilios de cocina, unas tijeras de papel, un montón de palos de helado y otro par de chiches— se usan para cada actividad.

— Señora, ¿le gusta?

— Mmm, quiero más rulos.

Las peluqueras se miran con jugueteo hastío mientras su clienta –una de sus compañeras de clase- se acomoda en la silla esperando más tratamientos capilares. Una de las educadoras que vigilaba la paz del juego se da cuenta que las niñas pueden llevar todo por sí solas, y se acerca al patio, donde el caos parece más probable. La peluquería sigue funcionando como si nada.

“¿Qué le están haciendo?”, pregunta la observadora de la Junji mirando confundida el carnaval de formas y colores en la cabeza de la pequeña. “Un peinado especial”, responde, con rapidez y asertividad, una de las estilistas.

Como un huracán, uno de los niños que jugaba en el patio entra corriendo a la sala. Sumido en su universo, pasa por todas las estaciones de juego moviendo los juguetes y figuras. La peluquería de sus compañeras no es excepción, y de un segundo a otro, por el aire volaban onduladores, pedazos de algodón, peines y otros instrumentos que sólo las participantes sabían qué eran y qué hacían. “¡Teníamos todo ordenado!”, exclama enojada una de las niñas. “Siempre lo mismo”, se lamenta otra mientras intenta volver todo a su lugar. El niño ya está de vuelta en el patio, pero del desastre se hacen cargo ellas. La observadora de la Junji apenas deja salir una risa mientras sigue hojeando la misma revista.

Afuera, el escenario es otro.

Una de las peluqueras de adentro está en un colchón en el piso, haciendo muecas y quejándose de un dolor de cabeza. “Rápido, ¡el paciente necesita más remedios!” exclama un cirujano de un metro de altura desde una de las improvisadas camillas de este hospital infantil. Una decena de niños corre de un lado a otro con cajas vacías de medicamentos intentando salvar a la paciente. Las educadoras están todas, al mismo tiempo, jugando con ellos e intentando evitar una caída que pueda resultar en una visita real al hospital. “Camilo, ¡no corras con esas tijeras!”, exclama una desde la puerta, intentando hacerse oír entre el carnaval de risas de la hora de juegos.

Acá en el patio/hospital, todos son hombres, excepto la paciente. A medida que se van sanando, uno de los médicos le pide que salga de la camilla y entra a la sala a buscar a otra niña, la próxima herida que va a ser curada por el equipo.

El sol ya pega más fuerte cuando se acerca el mediodía, y las educadoras se apresuran a embetunar con bloqueador las pequeñas caritas que deambulan por los corredores de Áreas Verdes. Mientras el caos reina entre las caras blancas, el griterío del juego del hospital y las

ocasionales peleas y caídas accidentales, las niñas juegan en absoluta calma adentro, donde la peluquería sigue funcionando sin percances.

“Siempre juegan a lo mismo, y acá tenemos de todo y los chiquillos se acomodan”, me cuenta Claudia mientras señala un colchón manchado con témpera, un montón de jeringas sin aguja, tiras de vendaje, cajas de parches y delantales blancos. “Estas cosas las conseguimos nosotras y les sacamos todas las agujas y partes peligrosas para que los niños puedan jugar”, agrega mientras arremanga la camiseta de uno de sus alumnos.

Las niñas no, una señorita no

En medio del frenesí de juegos, una de las niñas de la peluquería se acerca a la estación clínica del patio.

— “Yo también quiero jugar”

— “Pero ya te tocó”

— “Pero quiero ser doctora”

— “Nooo,  las niñas son las pacientes!”

La niña vuelve cabizbaja a jugar con sus compañeras, y tras un momento de discusión se acerca a una de las educadoras a vocalizar su reclamo. “Pero si los niños est n jugando al doctor, ustedes est n adentro”, le dice con extrañeza a la niña. Tras otro par de reclamos infructuosos, la pequeña deja salir un berrinche y vuelve adentro.

Mientras tanto, las pacientes siguen entrando y saliendo a merced del equipo médico del patio. Un grupo de niños se aburri  del juego y ahora están por all  jugando al luche, lejos del caos hospitalario.

“Acá todos juegan a lo que quieran”, me señala Claudia, “nos preocupamos de que elijan ellos, nosotros no les forzamos nada”, dice. Entramos a la sala y me muestra los distintos muebles y mesas con juguetes separados por categoría. “Por ejemplo, acá está la estación de cocina, acá la de profesores, la de peluquería, la de dibujo, la de bomberos, etcétera. Antes se les obligaba a las niñas jugar a unas cosas y a los niños a otras, pero en estos tiempos como que eso ya no se hace”, explica.

Un cartel gigante cubre una de las paredes de la sala, en él se lee el mensaje “Nuestros Sueños”, y se ve una silueta azul de niño y una rosada de niña, donde todos han puesto pequeños letreros –escritos, obviamente, por las educadoras- con sus sueños para el futuro. “Tener una familia”, “Ser doctor”, “Tener una casa”, “Ser profesora”, se lee entre los telegramas a la adultez pegados por los niños de la clase.

La observadora de la Junji no ha dejado la silla ni su revista en toda la mañana, excepto en un momento en el que se paró a ayudar a las educadoras a juntar a las niñas y niños para ponerles bloqueador. Del problema de la niña que no pudo ser doctora, las peleas por los insumos médicos o la botella de jugo que se dio vuelta en la alfombra, no se ha enterado.

“Intentamos que las chiquillas y chiquillos tengan libertad máxima para elegir, entonces no les decimos ni a qué jugar ni a qué no”, dice Claudia. Sobre la clara separación de niñas peluqueras adentro y niños médicos afuera –algo que puede hablarnos sobre espacio público versus privado, profesión versus oficio, habilidades manuales versus intelectuales, etc.- ella reconoce que es un efecto natural del “ser” niña o niño. “Acá a la hora del juego ellos mismos ven qué hacen, entonces obvio las niñas tienen más interés en cosas como la cocina o la peluquería, porque son niñas, y los niños son más de ensuciarse, más de jugar afuera y todo”, explica. Minutos después, pasa uno de los niños y Claudia le pregunta: “¿Quieres jugar adentro? ¿Cierto que acá juegan a lo que quieren? ¿Te gusta jugar a la peluquería?”. El niño la mira y me mira antes de decirle un tímido ‘no’. La educadora se excusa, pero asegura que siempre juegan a todo por igual.

Entre el tierral y el caos, una niña pasa con la cara manchada con tierra. “¡Macarena!, ¿Cómo vas a andar así? Anda al baño y lávate la cara, estás toda sucia”, le dice, enojada, una de las educadoras a una niña que pasaba caminando entre una multitud de compañeros, todos hombres, con la cara igual de manchada. “¡Una señorita no puede andar así!”, exclama la educadora mientras acompaña a la avergonzada niña al baño.

Como jardín dependiente del Estado, las profesionales del Áreas Verdes de Ñuñoa reciben varias jornadas de capacitación en distintos temas, entre ellos, género.

“Hace un tiempo acá nos hicieron unas clases de este tema de género”, cuenta Claudia. “Vino una profesora y nos enseñó un montón de cosas, incluso ella dijo que mientras ella hacía estas capacitaciones su marido se quedaba en la casa, y lo decía así sin ningún problema como que

fuera lo más normal”, confiesa entre una risa incómoda. “Nos enseñó que a las niñas no hay que obligarlas a jugar a nada y todo eso, y además nos enseñó algunas dinámicas para hacer con los niños, como por ejemplo jugar a la familia y cosas así pero que se cambien los papeles”.

Mientras las niñas siguen adentro casi sin emitir ruido y los niños mantienen ocupadas a las cuatro educadoras en el patio trasero, Claudia me cuenta que además del tema de género, ellas tienen a hijos de inmigrantes, a niños que vienen de poblaciones muy peligrosas y otros que vienen de situaciones acomodadas, entonces son hartos los factores que tienen que equilibrar para entregar una formación integral.

“Esta generación igual es diferente, ponte tú, cuando yo era chica las tías nos obligaban a todas las niñas a hacer una cosa y a los niños a jugar fútbol, entonces igual si tú ves ahora hay niños haciendo de todo y niñas igual... Aunque igual se acercan a las cosas más de niña o más de niño, hay un cambio que se va viendo de a poco... Nosotras no podemos obligar nada”, reflexiona.

NUEVO AMANECER, DIVIDIENDO DESDE LA INFANCIA

“Mi papá me dijo que tenía que defenderme si me pegaban porque soy hombre”, le grita Martín a su profesora cuando lo reta por pelear con un compañero.

Así comienza una nueva jornada de febrero en el jardín Nuevo Amanecer¹⁷, uno de los 24 recintos dependientes de la Junji que funcionan actualmente en la comuna de La Florida¹⁸, la tercera comuna más habitada del país¹⁹. Las dos educadoras intentan contener a un curso que está compuesto mayoritariamente por niños, incluso cuando estos no han terminado de entrar a la sala.

Los niños, tienen entre tres y cinco años y empiezan a llegar cerca de las 9 de la mañana acompañados de sus padres y abuelos, quienes por distintos motivos tuvieron que dejarlos en el jardín durante las vacaciones. Entre los meses de enero y febrero estos niños participan de un programa especial de Jardines de Verano implementado por la Junji.

Un gran mural de la Brigada Ramona Parra decora el frontis del establecimiento que durante el año también funciona como Sala Cuna. Al entrar, el extenso patio que recibe a los niños es de tierra y tiene juegos infantiles de madera. Todo parece ser amplio y cuidadosamente decorado, incluso la sala implementada para este programa, que está llena de juguetes de madera, disfraces y carteles de colores.

Apenas entran a clases y después de saludar a sus amigos, los niños y niñas comienzan rápidamente a sacar sus juguetes favoritos de las cajas. Ula ulas y peluches vuelan por toda la

¹⁷ Observación presencial realizada el 21 de febrero del 2017.

¹⁸ Información del “Listado de Salas Cuna y Jardines Infantiles” Cifras a Noviembre de 2016 de la Junji. Dato en: http://gobiernotransparente.junji.gob.cl/portal/listado/listado_general_jardines_infantiles_junji_vt_f.html

¹⁹ Del informe “Comunas: Población estimada al 30 de junio por sexo y edad simple 2002-2020” del INE. Disponible en: <http://www.ine.cl/estadisticas/demograficas-y-vitales>

sala, mientras un grupo se sienta en la pequeña cocina de juguete ubicada en un rincón y sacando tazas y utensilios, recrean la escena de un desayuno familiar.

En medio de los juegos, Bruno se sienta en el suelo y comienza a lanzarle cosas a sus compañeros y a las educadoras. Aunque con calma la profesora intenta ofrecerle juguetes, él los rechaza y sale de la sala corriendo más de una vez.

Después de media hora en la que Bruno corre sin control, llega el desayuno. El pan con margarina y la leche con chocolate son devorados rápidamente por todos los niños, excepto por Bruno que es vigilado de cerca por su profesora y que logra mantenerse sentado algunos minutos después de haber pasado molestando a todos en sus sillas. Termina el desayuno y el niño vuelve a gritar y a correr por todas partes.

La profesora me mira con resignación y me explica que para ella la causa de la actitud de Bruno es la indiferencia que observa por parte de sus padres. Entonces otra de las educadoras comenta: “Sus papás no lo pescan nada, por eso viene acá a demandar atención.”

Después de retarlo un par de veces más, ambas deciden seguir adelante con las actividades planeadas y dejan de prestarle atención a Bruno con la esperanza de que no siga causando tanto escándalo.

Es Bruno o Nicole

Solo después de pasar casi una hora tratando de calmar a Bruno, las educadoras van a buscar a Nicole que se ha negado a participar durante toda la mañana.

— ¿Qué te pasa Nicole?, le pregunta la profesora.

— Me quiero ir a mi casa, quiero a mi mamá.

— ¿Quieres que juguemos con los disfraces y que bailemos con tus compañeros?

— No, me quiero ir a mi casa.

Entonces Nicole sale de la sala, decidida a buscar a su mamá. La profesora la va a buscar.

Un par de minutos después llega con la pequeña de cuatro años en brazos diciéndole: “No te escapes, tú eres linda, no eres como tu compañero así que te tienes que portar bien.”

Entonces reparo en Bruno que por fin logró integrarse a la canción del “Congelado” y pienso en Nicole que trataba de calmarse luego de que la profesora la instara a mantenerse tranquila y a tener control sobre sí misma.

¿Por qué a ella no se le permite gritar y llorar como a Bruno? Y aunque las educadoras ya me habían hablado de ambos niños antes de que llegaran y me habían dicho que eran más inquietos que los demás, ¿por qué decidieron prestarle más atención a él? Quizás ambos sucesos estén relacionados o quizás es solo coincidencia.

“Desde el jardín se comienza a notar la diferenciación que hacen los adultos respecto a niños y niñas. No solo tienen actividades diferentes o colores, también se dividen entre cosas que pueden y no hacer como en el caso de la violencia y el control de sí mismos. En el caso de las mujeres se las prepara para cuidar, para la maternidad y toda la cultura reproduce inconscientemente ese modelo”, señala Camila Fredes.

En este sentido parece no ser una actitud casual, sino más bien parte de un modelo educativo que forma a las niñas para contener y ser madres, y a los niños para dirigir e ir hacia sus impulsos y deseos.

El nacimiento de nuevos prejuicios

“Nosotros tratamos de no imponerles las actividades o los disfraces con los que pueden jugar para que cada uno sea lo que quiere ser, pero a veces los papás no lo entienden”, me contaba una de las educadoras durante el desayuno.

“Por ejemplo, en cuanto a los colores no hacemos distinción, es decir, si tenemos sábanas rosadas pueden ser perfectamente para los niños como para las niñas. A veces son los mismos niños los que se niegan a dormir la siesta con esos colores y les decimos que son para todos, tratamos de explicarles, pero esas cosas las traen aprendidas de sus casas”, agrega.

“Pero también hemos tenido algunos problemas con los apoderados, a veces incluso llegan a reclamar”, aclara otra de las profesoras. “Como lo que nos pasó con Joaquín.”

Me comentaron entonces que Joaquín es criado por sus abuelos, que son muy estrictos y conservadores.

“Él es un niño súper especial, no acostumbra a hacer lo que todos los niños hacen, le gusta usar vestidos por ejemplo. Una vez llegó el abuelo a buscarlo y Joaquín le contó muy feliz que ese día se había disfrazado de hada. El abuelo se indignó, porque cómo se nos ocurre dejar que se disfrazara de eso. Yo le dije que acá cada uno se disfraza de lo que quiere y que eso no significa nada.”

Entonces una de sus colegas que estaba escuchando la conversación agregó:

“Yo creo que es como esos niños que nacieron en un cuerpo equivocado. O sea que debiese haber nacido niña.”

“El decir que un niño nació en un cuerpo equivocado es una forma errada de entender lo trans. Es una nueva respuesta a lo que antes la gente creía que era un niño homosexual por ejemplo. Es una especie de justificación y se vuelve un nuevo prejuicio porque lo trans no puede ser impuesto por nadie.” Así lo afirma la psicóloga Camila Fredes

“Es que no tiene nada que ver una cosa con la otra”, le discute su compañera, “A los cuatro años los niños no tienen conciencia de esas cosas. Que le guste disfrazarse de hada solo significa eso, no significa nada más.”

Entonces se dirige a mí y me comenta que han tenido talleres para capacitarlas en temas de género que antes no sabían cómo abordar.

“Es muy complejo para tomar todo tan a la ligera e influye mucho en cómo se van a relacionar los niños con los otros el resto de la vida, pero a veces es muy difícil lidiar con lo que los padres les enseñan”, afirmó.

Los juegos que dividen

Después de preocuparse de que todos los niños entreguen las autorizaciones de sus padres, las profesoras los preparan para la salida semanal a la plaza que está a un par de cuadras del jardín. Comienzan a sacar carretillas de madera, muñecas y peluches de la sala y los reparten entre todos los niños que tratan de ayudar en lo que puedan.

Los niños se forman en una fila a la entrada del jardín y esperan pacientemente a su profesora. El orden solo dura hasta que atraviesan la puerta, después todos corren hacia la plaza para llegar lo más rápido posible.

La plaza es pequeña y una vez ahí, el grupo se reúne en torno a una pequeña caja de arena y otros juegos infantiles. Los más osados no dudan en correr hasta el otro lado de la plaza, pero enseguida son alcanzados por las educadoras.

Los niños se pelean las carretillas para transportar la arena y los bloques de madera para construir. Y aunque algunos tratan de jugar en medio de este caos, la escena se convierte rápidamente en un mar de arena y empujones.

Algunas niñas comienzan a alejarse del grupo para mantenerse a salvo de los golpes y del sol del mediodía. Rescatan unas muñecas que sus compañeros ya habían enterrado en la arena, las limpian y las acurrucan

— ¿A qué estás jugando con la muñeca?

— Jugamos a que es mi guagua, me responde muy segura Fernanda.

Los niños continúan tirándose arena hasta que la profesora decide sentarse junto ellos. Más niñas se salen del grupo y se sientan a jugar en el pasto, solo una o dos se unen al grupo de hombres que permanecen en la caja de arena.

A las niñas se las educa desde pequeñas para cuidar. Esto se refleja en las actividades, primero en los jardines y luego en los colegios, diferenciadas para niñas y niños. En prebásica se comienzan a notar las diferencias en los colores o en los juguetes, pero a medida que pasan los años, la educación se encarga de reproducir el modelo que tenemos instalado y se le da más énfasis a las mujeres en materias que tienen que ver con las letras y el arte y a los niños en ramos como matemáticas o ciencias. Incluso se los separa por los deportes que pueden practicar: los niños hacen deportes que requieren fuerza y las niñas hacen más actividades como la gimnasia. Esto termina por reproducir todo el sistema de roles”, señala Fredes.

CONCLUSIONES

“Desde el punto de vista de la pena, habría sido más barato haberla matado que simplemente haberla dejado viva”, fueron las palabras de Ricardo Flores, abogado defensor del presunto agresor de Nabila Rifo a la salida del último juicio oral del caso que conmocionó al país el pasado mayo. Mauricio Ortega, agresor de Rifo, aún continúa sometido a juicio para determinar si su acto de violencia corresponde a un femicidio frustrado o a un ataque con violación de morada.

Aún frente a una situación cruda de violencia en la que el género es un elemento determinante, un hombre se refiere públicamente en estos términos a la vida de una mujer, de una ciudadana en un Estado de Derecho. Pese a tratarse de una frase que muchos pueden considerar casual, este tipo de actos responden a una serie de ideas arraigadas profundamente en la sociedad. Se trata de referirse al cuerpo femenino como un elemento mercantilizable, y de poner en cuestión el valor de una vida comparándola con un costo legal.

¿Por qué un abogado puede decir algo así y –pese a recibir cierto rechazo a través de redes sociales- continuar con su trabajo y su vida? De acuerdo a nuestra investigación, actitudes como estas son aprendidas y naturalizadas, por hombres y mujeres, desde la infancia.

Cuando en un jardín infantil los niños, corriendo desordenados por el parque, entierran las muñecas de sus compañeras que después deben, resignadas, limpiarlas de arena para poder jugar; o cuando en otro establecimiento un niño corre y desordena el juego de sus compañeras, las que –nuevamente- resignadas, tienen que ordenar todo para poder seguir, el mensaje que se les da a estos infantes es claro: el espacio es de los hombres, lo material es de los hombres, la relevancia es de los hombres, lo que queda, lo que puede no estar, es de las mujeres.

¿Por qué entonces un abogado no va a poder decir a todo el país que el cuerpo de una mujer, parte de su espacio, es prescindible?

En otro caso, a un niño se le permitía ser testarudo, regañar, gritar y molestar a sus compañeros, no seguir instrucciones y desordenar el espacio. “Es por sus padres”, repetían y justificaban las educadoras. Bruno salía de la sala permanentemente, y las tías tenían que dejar al curso e ir a buscarlo. Entre risas cómplices y hastío, una y otra vez se hacían cargo del niño. Esas mismas educadoras, a una niña que, posiblemente en un berrinche infantil, aburrida de todo, salió de la sala, le decían “Tu eres una niña linda”. A los reclamos de Nicole porque Bruno hacía lo mismo, las tías respondían “No eres como él”.

¿Por qué, desde una tan temprana infancia, enseñamos sistemáticamente a los niños que no tienen que controlar sus impulsos agresivos, y a las niñas que deben reprimir por completo los suyos?

¿Por qué hay tanta permisividad en el juicio de un hombre que atacó brutalmente a una mujer, y se le quita credibilidad a la víctima cuando deja vislumbrar actitudes impulsivas, esperables y aceptadas en lo masculino?

Ambas respuestas son la misma: porque desde pequeños les mostramos que los niños tienen el derecho a dejarse llevar sin importar las consecuencias, y las niñas el deber de reprimirse.

Existen incluso casos explícitos de violencia física que a lo largo de la indagación pudimos observar. Casos como el de una niña que llora en un rincón de la sala porque un compañero le había pegado. Además de callar su llanto llamándola “princesa”, y mientras el niño que la agredió sigue jugando sin problemas, una de las tías le dice, esbozando una sonrisa, “como dicen por ahí, el que te quiere te aporrea”.

El caso de esta niña, que dada la naturaleza caótica de un jardín infantil puede sonar anecdótico, esconde una dinámica de opresión que continúa reproduciéndose a lo largo de la vida de una mujer. Cuando la agresión –un comentario ofensivo en la calle, una agresión verbal o insulto, un golpe, la muerte- va desde un hombre hacia una mujer, es interpretada como un acto de deseo o de amor.

Si una niña se muestra justificadamente molesta por ser agredida y sus sentimientos son deslegitimados, ¿por qué va a esperar algo distinto cuando quiera hacer una denuncia por agresión en su vida adulta?

Responsabilidades compartidas

Buscar un único “culpable” de esta enseñanza sistemática y problemática del “ser hombre” y “ser mujer” es absurdo. Sin embargo, es necesario apuntar a los orígenes de estas ideologías y de la reproducción de prácticas con escasa conciencia del impacto que tienen para la sociedad del futuro.

En ese sentido, la académica María Gabriela Morales apunta a la formación de los profesores:

“Cuando uno ve estos temas, el desarrollo profesional de los docentes es lo que genera más cambios a largo plazo. Y la forma en que los estudiantes entienden la pedagogía es a través de la práctica. Cuando abor das la práctica de la educadora con la educadora. Ese es el centro de la transformación para que el aula se transforme en un espacio que no reproduzca los aspectos negativos de la sociedad. A través de una práctica pedagógica integral los niños pueden ver la diversidad de familias, sexualidades, identidades, colores de piel, religiones, etcétera”.

En conversación con varias educadoras de párvulos, la evidencia apunta a que la nula educación en género es transversal. Desde universidades públicas hasta privadas, en Santiago y fuera, el ser mujer y ser hombre no se toca más allá de un tema biológico, y para el Estado la violencia de género en niñas y niños no existe hasta que se llega al punto del abuso sexual.

“Dejar de identificar a las niñas con el color rosado y a los niños con el azul. Dejarlos que jueguen libremente con lo que deseen. Dejar de insistirles que las niñas gustan de los niños y viceversa, en fin, guiarlos, porque es nuestro trabajo, pero dejarlos escoger y ser conscientes de cuando esa libre elección está mediada por una violencia naturalizada”, señala sobre este tema la educadora de párvulos Valentina Steib. “Es muy cierto que los niños y niñas son agentes de cambio y está en nuestras manos como educadoras darles las herramientas para que así sea y de esta manera lograr una sociedad más justa. Para eso, tener educación en temas de género es imperante. Es algo que yo nunca tuve en la Universidad pero que sin duda me gustaría recibir”, concluye.

Como Valentina, son miles las estudiantes que eligen la educación parvularia como carrera, y más allá de que la brecha generacional impacta positivamente a las educadoras más jóvenes en conciencia sobre género, el cambio no puede estar sostenido en sentidos comunes.

Morales también apunta a las estructuras que escapan a la sala de clases como agentes que presionan –para bien o para mal- la dirección a la que apuntan los proyectos educativos. “Una se queda pegada en el aula, pero el aula está inserta en una institución. En ese sentido, los directores tienen una gran influencia en el rumbo que toma el aula de la institución que lideran. Ellos, a su vez, están acompañados por equipos de trabajo y están influenciados por las políticas institucionales”, sostiene. Esta es una realidad que también se corrobora en conversación con las educadoras y a la hora de interpelar a los organismos de gobierno responsables.

“El aula es el núcleo, es cierto, y la interacción pedagógica es lo que hay que transformar, pero todos estos otros elementos ejercen influencia. ‘Yo quiero pero no puedo porque la Dire no me deja’ es una frase que se escucha habitualmente en jardines infantiles, especialmente públicos”, concluye Morales.

Allá en el 2006, el primer gobierno de Michelle Bachelet se comprometía con una Agenda de Género que cubría la educación en todos sus niveles. “La desigualdad y la discriminación se aprenden en la escuela (...) no tendremos más mujeres líderes si no incorporamos equidad entre mujeres y hombres en el sistema educacional en todos sus niveles”. Más de una década después, si bien existen avances, parece ser que los jardines infantiles, espacio donde la identidad se diseña y configura para el futuro, no son tomados en cuenta como espacios revolucionarios de cambio.

Desde el Ministerio de Educación se exige a los jardines contar con juguetes como escobas o juegos de cocina²⁰. No se especifica si niñas o niños deben jugar con dichos juguetes, pero al hacer una revisión de las visitas y entrevistas realizadas, y en parte gracias al impacto invisible pero potente de la publicidad, los medios de comunicación y las familias, las niñas juegan a la limpieza mientras los niños ensucian y corren.

²⁰ Obtenido de circular “Normativa para Establecimientos de Educación Parvularia” del 19 de mayo de 2017, Superintendencia de Educación.

Los esfuerzos teóricos del gobierno resultan inútiles mientras no exista una fiscalización activa y con especial atención a dinámicas de micro-agresión y micro-machismo y una formación específica a profesionales de la educación en género y uso de lenguaje no sexista.

Por la naturaleza de los sujetos en cuestión, niñas y niños de cuatro o cinco años, es urgente una toma de conciencia y puesta en marcha de proyectos que intenten anular una historia milenaria de masculinidad y femineidad tóxicas y violentas. Mientras las universidades no rediseñan sus mallas curriculares, mientras los organismos estatales, gestionan “mesas de trabajo” y suben manuales a internet, son miles las niñas y niños que tienen un encuentro violento con su identidad y que, sin saber hablar bien, ya tienen claro que nacer con pene o vagina determina sus niveles de libertad y los límites de sus posibilidades como ciudadanas y ciudadanos del futuro.

Mientras acá cuestionamos cómo cambiar paradigmas, qué enseñar y qué censurar, las niñas esperan calladas a que alguien les cuente que pueden gritar.

EPÍLOGO

“Mis papás se enojaron caleta, obvio, pero ahora aman a su nieta, pasan el día con ella y todo... Al inicio, eso sí, fue difícil”.

Para Carla (23)²¹, como para muchas mujeres jóvenes, su primer embarazo fue una montaña rusa de emociones. “No le quería contar a nadie, pero después de un tiempo ya fue inevitable”, cuenta.

Actualmente es estudiante de tercer año de Derecho, y equilibra los exámenes, el estudio de la Constitución y su maternidad todas las semanas. Oriunda de Parral, vivió toda su infancia en Chillán, donde actualmente vive su hija. “Quería que creciera lejos del ruido y la contaminación de Santiago, pero no podía abandonar mi carrera. No se trata sólo de mí, también de darle un mejor futuro a ella, entonces decidí seguir acá en Santiago y viajar o traérmela lo más seguido que pueda”, confiesa.

Es cerca del mediodía, pero la temperatura otoñal ya logra opacar el cénit solar con viento frío y nubes. En lo alto de una terraza, Carla come un sándwich. “Estos períodos de exámenes me desordenan todo, y me carga porque tengo tanto que estudiar que apenas tengo tiempo para viajar a ver a mi hija o incluso para llamar y saber cómo está”, cuenta mientras toma un café extra grande entre sus manos.

²¹ Entrevista realizada el 8 de abril de 2017

Desde acá, la ciudad se ve diminuta, y es lo mismo que esta futura abogada sintió al asumir el nacimiento de su hija. “Es como que todo me dejó de importar... Sé que suena súper cliché, pero como que mi vida hasta ese momento igual había sido normal y todo, y de repente, sentir que hay alguien creciendo adentro, que depende de ti y que va a existir para toda tu vida te hace sentir que todo lo demás es insignificante”.

Carla tuvo una infancia normal. Por un traslado de trabajo de su papá, tuvo que cambiarse de ciudad cuando tenía 10 años. “Llegué a un colegio católico y eso igual fue nuevo, pero nunca me sentí atacada ni restringida ahí. De hecho, era hartito más progresista que lo que me esperaba”, relata. A los 17, hizo un año de intercambio en Dinamarca. Reconoce en ese evento uno de los que más cambió su forma de pensar y de vivir. “Aprendí un montón sobre mí y sobre cómo quería vivir mi vida. Descubrí como otras formas de ser libre. Eso es algo que yo siempre he valorado, mi independencia y mi libertad de elegir qué hago, dónde, con quién y cuándo. Eso es algo que aprendí estando afuera y que pensé llevar conmigo para siempre. Bueno, hasta que quedé embarazada”.

Estaba en una relación estable con un joven que había conocido a través de amigos. Es del sur. Se veían un par de veces al mes, cuando uno de los dos viajaba a visitar. “Siempre me cuestionaba de quién era el deber de llevar la responsabilidad de cuidarse sexualmente”, dice. “Siempre se les exige a las mujeres tomar pastillas y qué se yo, pero nunca se habla de una responsabilidad compartida. Eso igual es injusto”.

Después de un atraso, Carla tomó un test de embarazo. Y otro más. Y otro más.

“Yo en ese mismo momento dije, ya, no importa, no voy a tener esta guagua”. Asume que la decisión estaba tomada incluso desde antes. “Yo ya lo había decidido: no quería tener hijos. Ni ahora ni nunca. Mi hermana quedó embarazada súper chica igual, y yo, que nunca tuve interés en la maternidad, decidí nunca experimentarla”, confiesa. “Después de viajar por el mundo, no quería que nada ni nadie me tuviera atada físicamente a un lugar”.

Tras revelar la noticia al padre de su hija, Carla comenzó a intentar un aborto. “Mi pololo estaba en desacuerdo, él siempre quiso tener a la guagua, pero a mí me dio lo mismo. El cuerpo es mío al final”.

Intentó con pastillas que se consiguió a través de una página web. No le funcionaron. Intentó con otro set de pastillas que consiguió a través de amigas. Tuvo algunos síntomas, y pensó que con eso ya estaba. “Hartas amigas y conocidas habían vivido lo mismo, pero el tema, incluso entre mujeres, es como un tabú. Todas sabemos que es bastante común, pero nadie habla de la experiencia, de qué esperar”, cuenta. Aun así, Carla estaba prácticamente segura de que había funcionado. Como aún no volvía a su ciclo menstrual regular, fue a hacerse una ecografía para asegurarse que estaba todo en orden. Sin musitar, el médico le dijo: “Su guagüita está en perfecto estado”. En ese momento, todo le dio vueltas.

“No entendía nada, se supone que las pastillas habían funcionado, pero la ecografía no mostraba nada anormal. Tenía casi dos meses de embarazo”, recuerda. Fue ahí cuando Carla tuvo que aceptar su situación. “En el fondo es eso, tuve que resignarme a tener una hija. Algo que no quería hacer ni a los 22 años ni a los 30 años ni nunca. Pero no me quedaba otra, no tenía plata para viajar fuera de Chile ni para volver a comprarme otra tira de pastillas que podían fallar”.

Le contó la noticia a todos sus cercanos. Las reacciones fueron diversas, pero ella asume que sintió apoyo de todas partes. Aun así, la situación de estar embarazada la ayudó a revelar ciertas cosas sobre el mito que rodea la maternidad: “Todos se ofrecen para ayudarte y todo, pero en realidad la que acarrea todo el día un peso extra, físico y emocional, eres tú, y nadie puede ponerse en tus zapatos en realidad (...) mi pololo me apoyó y todo, pero cuando se iba de mi casa a juntarse con sus amigos o ver tele o dormir o estudiar, él en el fondo estaba libre, pero yo seguía ahí, con nuestra hija, por varios meses más”.

— ¿Qué sentiste cuando te enteraste que iba a ser niña?

— Ahí empezó toda otra reflexión

Ser niña, ser mujer

“Yo nunca me había cuestionado, en realidad, lo que significa ser mujer hasta que llegué a la universidad”, rememora Carla. El viento se puso muy fuerte y nos movimos bajo un techo en la terraza de uno de los campus de la Universidad Diego Portales. “Siempre me sentí cómoda jugando con otras niñas, siempre encontré que los hombres eran más desordenados, y aunque tenía plena conciencia, por ejemplo, de las injusticias salariales y todo eso, nunca había hecho la

relación entre eso y fenómenos como el acoso callejero, las violaciones, los abusos de poder, etcétera”, reflexiona.

Desde que era pequeña, y al igual que muchas, Carla notó las primeras injusticias basadas en género en su propia casa. “Mi mamá tenía esta idea fija de esperar a mi papá con todo listo. Él es médico, y sostenía económicamente mi casa”, relata. “Como a las seis de la tarde, mi mamá abandonaba todo y empezaba a preparar comida, a limpiar, a ordenar, cosa que mi papá no tuviera que mover ni un dedo cuando llegara. Yo a veces le decía como ‘pero mamá, que él se sirva el té’, y es como que ofendía lo más hondo de su ser”, recuerda entre risas incómodas – esas de entender ahora lo que todo significa. En su casa son dos hermanas y un hermano. Nunca, hasta más grande, Carla había pensado en cómo la división de tareas nunca fue arbitraria. “Mi hermana y yo aprendimos desde chicas a hacer de todo, a hacer comida y poner la mesa y todo eso, y a mi hermano nunca le pedían nada. Hasta el día de hoy, nosotras le decimos ‘pero mamá dile a él’, y mi mamá como que le perdona la flojera a toda costa”.

“Obvio que tener una niña te hace pensar en todas estas cosas”

Ya avanzado su embarazo, pidió saber el sexo de su futura criatura, y le dijeron que iba a ser mujer. “También suena cliché, pero en ese momento sentí la conexión más real de todas”, recuerda. “Adentro mío tenía a mi hija, pero también tenía a una cómplice, a una amiga (...) Las mujeres tenemos una conexión especial entre nosotras, por todas las experiencias comunes que hemos tenido que soportar a lo largo de nuestra vida. No es algo necesariamente positivo, pero ahí me di cuenta que iba a tener esa conexión con mi hija para toda la vida”.

Carla espera que su hija pueda seguir una educación en el sur, porque está convencida de que una ciudad como Santiago no ofrece las condiciones que ella desea para su futuro, por lo menos mientras sea una niña.

Con la mitad de la población chilena metida en la región, Santiago es caótico y agobiante para cualquiera. Según cifras del Observatorio Contra el Acoso Callejero, las niñas comienzan a sufrir experiencias de acoso a los 14 años, y prácticamente la totalidad de las mujeres lo han experimentado –en distintos grados- alguna vez en su vida. “Acá ese es un tema súper heavy. Es como que en cada esquina me gritan alguna cosa desubicada o me ponen alguna cara desagradable o algo, y como en el ambiente universitario se habla harto de género y de

feminismo, entonces ahí empecé a tomar consciencia y me di cuenta de lo complicado que es todo cuando eres mujer, algo que, por ejemplo, mis amigos hombres nunca van a entender en totalidad”, explicó.

La hermana mayor de Carla fue madre a su misma edad. Su hija ha sido criada por ella, su madre y su abuela, y pese a todo, Carla nota que, en momentos, la niña reproduce muchos de los modelos y estereotipos contra los que ella ha intentado luchar. “Igual a veces mi sobrina me dice ‘tal cosa es de niñas’, ‘eso es de niños’, y yo le intento enseñar que no, que el mundo no es así, pero ella me dice ‘es que eso me dijo la tía en el jardín’ o ‘lo vi en los monitos’ o ‘tal amiga dice que es así’, y contra eso uno no puede luchar mucho”. Asegura que es una “lucha diaria”, intentar contradecir a unas de las figuras de autoridad más importantes que su sobrina tiene en esta etapa de su vida: las “tías”.

— ¿Cómo fue tu experiencia en el jardín, en la educación parvularia?

— En realidad no tengo recuerdos de experiencias traumáticas de ningún tipo. Aunque uno no sabe, porque a esa edad todo es como es no más, uno no cuestiona los modelos. Y si lo hace, entre la tele y tus amigos y tu familia, al final se te olvida. O te hacen olvidarlo.

“El tema del jardín me preocupa en el sentido que, con mi sobrina, veo que nada ha cambiado mucho, y que los conceptos e ideales que quiero que mi hija tenga claros, no los tienen claros ni las educadoras”, afirma. Esa es la experiencia más cercana que tiene de una niña joven que entra a la educación formal en pleno siglo XXI. Su sobrina disfruta de juegos tradicionalmente asociados a las niñas, y muestra atributos y características que son consideradas femeninas. “Le encanta el rosado y los vestidos, las princesas, las flores y jugar a las muñecas y todo eso (...) yo no creo que esté mal, pero lo que quiero es que ella sepa que esas tienen que ser sus propias decisiones”, reflexiona.

— ¿Qué esperas de la experiencia de tu hija en la educación parvularia? ¿Tienes alguna preocupación en particular?

— Mi hija tiene un par de meses recién, pero obvio que pienso en que en poco tiempo va a tener que entrar al jardín. No quiero que todo el esfuerzo que he puesto en criarla súper libre sea como interrumpido por estereotipos que le enseñen ahí. Por las experiencias que he escuchado,

igual hay problemas en cómo las educadoras y los jardines entienden el género, entonces es algo que tengo en consideración.

Si bien el Estado ha implementado políticas de educación sobre género y sexualidad desde la educación parvularia hasta la enseñanza media, el proceso resulta tedioso para quienes ven a sus hijos, nacidos recientemente -post terremoto, post accidente de los mineros- entrando a un sistema con las mismas concepciones anticuadas desde qué colores corresponden a cada género, hasta las formas de vivir una sexualidad libre cuando los niños entran a la adolescencia.

Apenas su hija nació, empezaron los comentarios respecto a su apariencia. ‘¿Vas a dejarle el pelito así?’, ‘¿No le vas a poner aritos?’, ‘¿Cómo vas a distinguir que es mujer?’, ‘¿No le tienes vestiditos?’. Carla los recuerda con espanto. “Es como que la gente quiere que, con semanas de vida, mi hija se ajustara a sus ideas sobre cómo ser mujer. Y ella ni siquiera sabe su nombre, ¿qué le van a importar los estereotipos de género del mundo? Si ni a mí me importan”, afirma.

Al final, Carla está enfocada en mostrarle a su hija el mundo tal como es, sin anestésicos, especialmente considerando los paradigmas que rodean al género. “Yo intento no obligarla a acostumbrarse a ciertos colores ni juguetes, pero es difícil batallar contra toda mi familia y amigos, que siguen regalándole cosas con flores rosadas y muñecas, que no tienen nada de malo, pero quiero que ella pueda jugar con lo que quiera y que crezca libre”.

— ¿Qué esperas del mundo en el que tu hija va a criarse?

— Quiero mostrarle que tiene derecho a responder, a reclamar si algo no le parece, a apropiarse de ser mujer o ser hombre o cualquier género que le acomode, y que no tenga miedo de cuestionar todo, porque al final el mundo está mal, y esa es una de las razones por las que no quería tener hijos. Ahora que la tengo, lo mínimo que le debo es luchar con ella para cambiar las cosas.

REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA

ALDA FACIO, “Feminismo, Género, patriarcado”. (1999). Artículo disponible en <http://centreantigona.uab.es/docs/articulos/Feminismo,%20g%C3%A9nero%20y%20patriarcado.%20Alda%20Facio.pdf>

LUCIANA GUERRA, “Heteronormatividad y Familia”. (2009). Revista Argentina de Estudios de la Juventud Nº1. Disponible en <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/revistadejuventud/article/view/1477>

MARÍA GABRIELA MORALES, “Desigualdades del Discurso Pedagógico y Desigualdad de Género”. (2012). Revista Pequén Nº2, Vol. 2. Ediciones Universidad del Bío Bío.

ENTREVISTAS

VALENTINA STEIB, Educadora de educación parvularia. Entrevista realizada en Santiago de Chile el 7 de febrero de 2017.

MARÍA GABRIELA MORALES, Educadora de Párvulos, Magíster en psicología y Master en Psicología educativa. Entrevista realizada en Santiago de Chile el 15 de febrero de 2017.

CAMILA FREDES, Psicóloga de la Universidad Diego Portales, Diplomado en género. Entrevista realizada en Santiago de Chile el 24 de febrero de 2017

CAROLA ILLANES, Educadora de educación parvularia. Entrevista realizada en Santiago de Chile el 15 de marzo de 2017.

PAULINA MUÑOZ. Entrevista realizada en Santiago de Chile el 17 de marzo de 2017

CARLA REYES Y MANUEL ANDRADE. Entrevista realizada en Chillán el 23 de marzo de 2017

PAULA LEIVA, Profesora de educación básica. Entrevista realizada en Concepción el 24 de marzo de 2017.

CARLA, testimonio recogido en Santiago de Chile el 12 de abril de 2017

SOFÍA HALES, Psicóloga de la división de Políticas Educativas de la Subsecretaría de Educación Parvularia. Entrevista realizada en Santiago de Chile el 21 de junio de 2017.

LUCIA PEREZ, Unidad de promoción y resguardo de derechos educacionales. Entrevista realizada en Santiago de Chile el 21 de junio de 2017.

.